LAS/12

MUJERES EN PÁGINA/12 4 DE MAYO DE 2001 AÑO 3 NÚMERO 160

Marlene Dermer y el cine chicano

Beatriz Chomnalez, maestra pastelera

La vengativa ex esposa de N. Mailer



En la Argentina ya hay boxeo profesional femenino. En la primera pelea, Marcela "la Tigresa" Acuña le ganó en cuatro rounds a la norteamericana Jamillia Lawrence.

Los doce minutos de Marcela



POR **MARTA DILLON**

Tras cuatro rounds, ocho minutos de pelea y cuatro de descanso, Marcela "la Tigresa" Acuña ganó la primera pelea internacional de boxeo femenino, contra una boxeadora norteamericana. Esa victoria coronó dos años de trabajo intenso. El mismo que en este momento desarrollan otras 500 mujeres.

Como un parpadeo, así se encendió y se apagó su furia. Hubiera querido más, la Tigresa lo sabía desde antes de empezar la pelea, como quien a punto de gozar de alguna tentación se lamenta por el inevitable final de su goce. Es la regla del deseo al fin y al cabo, y ella no se arrepiente aun cuando conoce la nostalgia de lo que ha terminado. Antes de bajar del ring ya sentía la promesa de otras ansiedades. Antes que los jueces dieran su veredicto, cuando había sonado la campana del final, abrió la boca, dejó caer el protector bucal y escupió en su rincón los restos de esa saliva amarga que destila la violencia. En su paladar empezaba a acumularse el néctar de la victoria.

En el estadio de la Federación de Box, el público estaba de pie, masticando la desilusión de que todo hubiera terminado tan rápido, justo cuando empezaba a descubrir que en ese golpe recto de derecha, Marcela Acuña tenía su poder y su secreto. Un golpe preciso destinado a derrumbar esa peyorativa expectativa del espectá culo circense que darían dos mujeres boxeando. El fallo se dio primero en inglés, era una pelea internacional que se transmitía también en Estados Unidos, el país de Jamillia Lawrence, su contrincante. No lo entendió, pero escuchó su nombre y levantó los brazos. El árbitro le dio la mano mientras las tarjetas se leían en castellano, había ganado por puntos, si le hubieran dado aunque sea dos rounds más estaba segura de que llegaría al knock out, para eso se había preparado dos años completos. El triunfo igual fue suficiente, eran suyos los aplausos, los abrazos de sus hijos, la euforia del marido que insistía en acomodarle una estampita de San Jorge en el bretel de su protector pectoral, los pedidos de autógrafos y de notas de decenas de periodistas que hasta unos instantes atrás dejaban escuchar sus lamentos por la invasión de las mujeres en esa arena que antes sólo pisaban los hombres.

Fueron cuatro rounds, ocho minutos de pelea, cuatro de descanso. Doce minutos históricos que dejaron inaugurada la era del boxeo femenino profesional. Un camino que la Tigresa hace al andar, dejando una huella solitaria. La Federación de Box sólo entregó una licencia para pegar y cobrar por ello, la licencia número 1, la única. Otras chicas esperan su oportunidad, dicen que son más de 500 en todo el país las que se entrenan pegándole a la bolsa en los gimnasios. No todas quieren llegar a profesionales, pero algunas miraron el combate del sábado pasado como un alpinista a las cumbres nevadas, ese lugar sobre el que hay que plantar bandera, cueste lo que cueste. Marcela sabía que estaban allí, incluso se dejó fotografiar con alguna, pero no le interesaba intimar con ellas. "Prefiero no hablar con otras boxeadoras, por lo menos hasta no haber peleado con ellas. Si charlo me empiezo a hacer amiga y ya no les puedo pegar, me da lástima. Necesito el respeto y la distancia". Por eso tampoco supo nada de su oponente hasta que la vio en el pesaje, el día anterior a la pelea. "Me ha tocado conocer boxeadoras picudas, esas que hablan y hablan como si así se fueran a salvar de algo. Para mí que es de nerviosas que están. A veces hasta te dicen cosas arriba del ring, se ponen picantes. Yo elijo el silencio. Y el box."

Marcela dice que no

tiene miedo. No lo tuvo ni antes ni después de conocer a su oponente, no teme que le peguen, que le duela, ni siquiera que le deformen la cara. Lo dice sentada en un banco de madera, temblando, acelerada por la excitación de haber peleado y ganado, rodeada de micrófonos y grabadores, de preguntas que insisten más o menos con lo mismo. La transpiración es como una malla helada sobre su cuerpo, hace casi media hora que terminó la pelea, pero todavía faltan algunas fotos en las que lucirá con el mismo atuendo que salió al ring. Botines rosas, bata de raso color salmón, igual que los pantalones, y protector pectoral rojo. Si algo aprendió desde que empezó a practicar boxeo, a fines de 1996, es a posar con la guardia alta y la mirada fiera de quien está dispuesta a buscar la pelea. Por eso le dicen Tigresa, porque sabe asaltar a sus oponentes. Sus hijos aprendieron la pose y allí están, abrazados a su cintura, cerrando tanto los puños que el temblor los agita. "Si tuviera miedo no podría pelear, y además ¿ven? no tengo nada, nada de nada". Es cierto, la cara está intacta, apenas un enrojecimiento del pómulo que probablemente termine hinchándose, nada más. Durante los cuatro rounds las sogas del ring dejaron su marca en la espalda como latigazos, pero eso ya no se ve, hasta la trenza cosida con que acomodó el pelo parece haberse compuesto. No se maquilló para la pelea, tampoco se quitó la pintura con que llegó a la Federación y es evidente que, al menos para la ceremonia del pesaje, el día anterior, había renovado el esmalte de sus uñas. "Es cansador estar demostrando todo el tiempo que se puede ser femenina y boxeadora", dice, pero de hecho es lo que le piden. Ha llegado a hacer notas vestida para pelear pero con tacos altos, para que los periodistas vean que sabe usarlos. Ha posado pintándose los labios con los guantes colgados al hombro para ilustrar notas que siempre llevan variaciones del mismo título: "rouge en el ring", "rímel y guantes de cuero" "gimnasio con perfume". O con una ironía aun más estigmatizante: mujeres golpeadoras.

En su casa de Wilde, mientras pelaba las papas para hacer el almuerzo del 1° de Mayo, ya no necesitaba impostar su femineidad. "Por una cuestión de imagen mi marido es el que arregla todo y yo sólo me dedico a boxear, pero no es tan así; las decisiones las tomamos entre los dos, somos como una sola persona. El es un poco más acelerado; yo, más pensante. Y en la casa también compartimos algunas tareas: él es



el que más cocina, me gustan sus comidas y sabe lo que tengo que comer para mantenerme en peso. Yo hago todo lo demás". Ella lava la ropa, limpia la casa, prepara a los chicos para salir o para ir a la escuela. De hecho fue lo que hizo el mismo gran día de la pelea, sin obviar las angustias de la vida cotidiana. Hasta el momento de salir hacia la Federación de Box el matrimonio discutía por teléfono con la propietaria de la casa un desalojo inminente. Entonces no importaba la fama fugaz que la hizo pasear durante toda la semana pasada por la mayoría de los canales de televisión. Al contrario, tanta aparición pública sólo quería decir, para la propietaria, que le estaban ocultando el dinero. No les creía que no tenían plata para el remís, que tampoco había podido invertir los 60 pesos necesarios para comprar el vestido rojo con el que había soñado atravesar la marea de público rumbo al camarín donde se concentraría para el combate. El acoso recién terminó el lunes siguiente, cuando el matrimonio pudo girar los 400 pesos que debía. Le sobraron 200, eso fue todo lo que cobró por una pelea que se transmitió en directo para Argentina y Estados Unidos.

"Yo me pregunto, si a la Tigresa la ponen de cabeza en el primer round, ¿se terminará por fin el circo?". El periodista hace la pregunta en voz alta para el resto de sus colegas. No disimula su molestia, que es medianamente compartida, aunque la corrección política se impone para algunos más que para otros. En el mismo ring side, detrás de la prensa, una mujer, habitué del box por lazos familiares, le pide a un fotógrafo del ambiente que le haga un retrato con alguno de los campeones. "¿Querés con la yanqui?", le pregunta el hombre. "No, con la Tigresa", dice ella. Pero la Tigresa no va a hacer fotos antes de la pelea, está concentrada. "¡Resulta que ahora se hace la estrecha!", se queja la señora. Cuando las mujeres boxeadoras suban al ring, otras voces darán cuenta del desconcierto: "¡Poné huevos!", grita alguien desde la popular. "¡Demuestre cómo pegan los machos argentinos!", se escucha después.

"Tendrían que hacer su trabajo y nada más –se queja Marcela, más tarde–, por más que no les guste el boxeo de mujeres ya es oficial desde que se cambió el reglamento el 23 de marzo pasado. Así que no me vengan a discutir o hagan como (Horacio) García Blanco que cuando yo salí no me presentó, se puso a hablar por radio de cualquier otra cosa, de un lugar histórico de San Telmo. Eso es una falta de respeto, porque él está ahí para transmitir lo que pasa". Las razones por las que los especialistas no gustan del boxeo femenino son difusas, "me resisto a ver una mujer cortada", dice alguno, como si esa visión fuera exclusiva de los rings. Otro alude razones técnicas ("no hay más de dos boxeadoras en el mundo") o eligen los chistes: "prefiero verlas luchar en el barro". Tampoco fueron muy firmes las razones que se esgrimieron para prohibirle la entrada a la Tigresa al gimnasio de la Federación de Box cuando en 1997 se preparaba para luchar por uno de los títulos mundiales –en el box hay más de una asociación que organiza competencias internacionales y otorga títulos, incluso en el box femenino hay cinco posibilidades–. "En un gimnasio hay 50 personas trabajando y no se puede desconcentrar su interés poniendo a una mujer a guantear, no todos están preparados para sobrellevar adulta y profesionalmente la circunstancia", escribía entonces Gustavo Nigrelli, una de las autoridades de la FAB, "¿qué pasaría si de pronto Marcela coloca una mano a su sparring y los de alrededor se sonríen o murmuran cosas?", continuaba. Y de hecho, dentro o fuera del gimnasio de la FAB, las fantasías de Nigrelli se cumplieron. Mientras un rocío de sudor y sangre se esparcía desde el ring en las peleas previas a la de las mujeres, un sparring intentaba sin éxito desmentir que la Tigresa le había sacado de lugar la mandíbula. El problema de este hombre es que un canal de cable filmó ese momento aciago en que un descuido lo dejó con la boca abierta. "Fue un mal momento, nada más –dice Marcela con ánimo conciliador–, una distracción la tiene cualquiera. Pero ¡qué dolor?!, ¿no?".

Entre los periodistas especializados circulaba otra pregunta: ¿Es cierto que hay alguien de la revista *Para Ti*? Hubo quienes incluso buscaron a las que suponían de antemano mujeres, "quiero saber qué vinieron a ver, qué perfil les dio la Tigresa, qué vieron", insistía un angustiado cronista que nunca encontró respuesta y que se retiró del estadio "sin la mitad de la nota, me falta la mirada femenina".

Hubo momentos incómodos también durante la ceremonia del pesaje que se realizó el día anterior a la pelea –una modificación que se introdujo en el reglamento junto con la inauguración de las peleas entre mujeres–. El salón de la FAB estaba repleto y hubo alguna fingida vergüenza entre los boxeadores que debían desvestirse para subirse a la balanza. Entre las casi cincuenta personas que colmaban el lugar, cinco mujeres esperaban la salida de la Tigresa y de Jamillia Lawrence. Esas miradas no obviaron a los deportistas que, en calzoncillos, exhibían músculos que muchas ni suponen que existen. Tampoco ellos fueron indiferentes, hubo uno, incluso desafiante, que subió la apuesta quitándose hasta el slip. Las mujeres no dijeron una sola palabra. Los hombres gritaron toda clase de cosas.

A Marcela le hubiera gustado llevar un vestido rojo el día de la pelea. Uno ajustado y de color ardiente como el que lucía la señorita que en las dos peleas más importantes se paseó por el ring enarbolando el número de round correspondiente. "Mi sueño es poder vestirla como lo que es, como un rubí. Porque yo también fui joven, y cuando era joven quería tener una moto, vestirme bien..", dice Ramón Chaparro, su marido. O su concubino, para ser exacta, un hombre que le lleva 23 años y con quien convive desde que Marcela tiene 14. "Yo lo veía en el gimnasio y me gustaba, me gustaba cómo me trataba porque para él yo era siempre la mejor. Y a los 14 se empezó a prender la lamparita de que había algo más, ese amor de la adolescencia en que la otra persona es todo, todo". Ramón muestra el álbum de fotos en el living de su casa, "¿ve? Acá está Marcela a los siete años, cuando entró en mi gimnasio, ya era fiera, no había cómo pararla". Habla de su mujer casi como si fuera una creación propia, como se podría hablar, en algún caso, de una hija a la que se educó, alimentó y alentó para que lograra grandes cosas.

A los siete años Marcela había entrado por primera vez al gimnasio de Chaparro en el que era entrenador de full contact, una disciplina marcial profesional que in-



cluye golpes de puño y patadas. “Mi mamá quería que aprendiera danza clásica. Y lo intenté. Pero yo quería ser diferente, no sé, había algo que me decía que tenía que ser así”. A los doce años tenía cinturón negro, a los 14 era campeona sudamericana. A los 15 fue madre. “Fue difícil con mi papá y mi mamá, pero tuvieron que aceptarlo”. La Tigresa se fugó de su casa cuando apenas ronroneaba; el padre la fue a buscar con una denuncia de por medio y una decena de policías. La llevaron a un instituto de menores, de allí la rescató Ramón, según dicen, vendiendo su moto, su más preciada pertenencia, para pagarle a un abogado. Después volvió a tener moto y una casa en un barrio humilde que pudieron arreglar después de que Marcela peleara con Lucía Rijker, una holandesa que en ese momento tenía 11 peleas ganadas, 10 por knock out. “Lo vendí todito para venir a Buenos Aires, para que ella pudiera progresar”.

Marcela sueña con ir a vivir a Las Vegas, con ser campeona del mundo, con comprarle una computadora a sus dos hijos –Maxi, de 8 y Josué, de 6–, con una casa propia, con una mensualidad. A pesar de los títulos la vida nunca fue fácil para ella. Dice que no llegó al boxeo por el dinero, pero se ilusiona con la posibilidad de que algún día su habilidad salve a la familia. Y confía en que ese día llegue. Por lo menos ya no tiene que enfrentarse en el ring con hombres por un dinero que nunca excedió los gastos del mes. Eso sucedió en Formosa, cuando todavía se dedicaba al full contact. Tres veces se enfrentó con varones. Dos veces los dejó fuera de combate, la tercera ganó por puntos. Ahora ya no se arriesgaría a tanto. “Puede pasar que en los entrenamientos los técnicos te manden pupilos picantes para que se te vayan las ganas de boxear, eso me ha pasado, pero yo no tengo miedo. Duelen más los golpes de los varones, es cierto, pero igual. Cuando veo que algún sparring me está buscando veo, mi marido me dice, si es de mi peso me deja seguir, si no, no”.

El padre de Marcela no se enteró todavía de los resultados de la pelea, o a lo mejor, “alguien le contó”. El no tiene teléfono y Marcela tampoco, por lo menos no uno que sirva para llamar a Formosa. “Yo sé lo que es la pobreza, yo tenía vecinos en mi barrio que no tenían para la comida. Por eso he prometido que si llego a campeona mundial voy a dar el diezmo, el diez por ciento, pero no a una iglesia, yo misma voy a comprar zapatillas y ropa y comida y la voy a repartir allá en mi barrio”.

“Yo, para firmar contrato con alguien, quiero que se arriesguen como me arriesgo yo. No puede ser que tenga que pelear y no tenga plata para hacerme el test de embarazo como me pasó ahora. Por eso prefiero no firmar con nadie, ir paso a paso, porque el cuerpo lo pongo yo y eso nadie me lo paga”.

En Wilde, en el lugar privilegiado de la casa, Marcela y su marido tienen un altar con una vela siempre encendida. Una imagen de un Cristo con una túnica de lentejuelas, dos vírgenes distintas, estampitas del niño, la biblia, la Rosa mística, frente a ellos los dos rezan cada día para que la suerte no los abandone. Los han estafado más de una vez, los han hecho firmar contratos en inglés en los que renunciaban sin saber a las dos terceras partes de lo que les correspondía por la pelea con Christy Martin, cuando inició su camino como boxeadora, les han mostrado departamentos de tres ambientes en pleno centro de Buenos Aires, en los que ellos se soñaron como reyes, para comprar su ingenuidad, pero Ramón y Marcela se sienten afortunados, más que eso, bendecidos. “Siempre fuimos católicos, pero desde que empezamos en el boxeo nos aferramos más. Sólo la mano de Dios puede haber hecho que ese día me llamaran del programa de Mauro Viale para hacer la exhibición con Christy Martin que por primera vez salía de Estados Unidos, fue la mano de Dios la que me empujó la derecha cuando le saqué sangre en ese programa”. Y fue el empresario que más tarde la estafó quien la alentó para pelear contra la campeona en un ring de verdad y a diez rounds que ella resistió con dignidad y que la habilitó para su segunda pelea internacional con Lucía Rijker. “Ahí me noquearon por primera vez, me sentí impotente, quería pararme y no podía, justo cuando estaba mejorando me entró esa mano en el hígado”. Dios aprieta, pero no abandona, dice la Tigresa, “estuve dos años sin pelear, pero ahora el boxeo profesional existe y ya vinieron muchos empresarios a ofrecerme combates, creo que voy a Acapulco el 25 de mayo y en junio voy de nuevo por el título del mundo”.

“Me acaban de pedir que no diga cuánto es la bolsa, me acabo de enterar de que no puedo hablar”. Eso contestó Marcela Acuña cuando un periodista le preguntó, en conferencia de prensa, cuánto cobraría por la primera pelea profesional del box femenino. “Me dio bronca porque ahí me dijeron que me callara, seguro que porque no quieren decir que cuánto cobró Jamillia Lawrence, mucho más que yo seguro, porque ella está en hotel cinco estrellas y yo apenas puedo llegar a la pelea. Igual no iba a decir la miseria que es, no es bueno. Porque de ahora en adelante no puedo pelear por menos de dos mil”. Con esa bolsa podría comprar la famosa computadora que los chicos ya eligieron. Con esa bolsa podría empezar a imponer algún respeto por su actividad, por su nombre. Eso creen ella y su marido.

El amanecer después de la pelea llegó en una mesa de bar, frente a un empresario que lo prometía todo, “él quiere manejar la carrera de Marcela pero con poco”, dice Ramón. “Son muy vivos, te dicen que no te tenés que preocupar por cobrar, que lo importante son los sponsors, que ellos te dan mensualidad. Pero yo lleno estadios y eso también vale. Ahora me dijeron que no puedo participar de la televisación porque no soy campeona del mundo. Yo, para firmar contrato con alguien, quiero que se arriesguen como me arriesgo yo. No puede ser que tenga que pelear y yo no tenga plata para hacerme el test de embarazo como me pasó ahora (el test de embarazo 48 horas antes de la pelea forma parte del reglamento oficial de boxeo femenino). Por eso prefiero no firmar con nadie, ir paso a paso, porque el cuerpo lo pongo yo y eso nadie me lo paga”.

Todos los días la Tigresa viaja dos horas y cuarto en colectivo para llegar al gimnasio. Antes ya corrió entre 6 y 12 kilómetros, hizo gimnasia, desayunó y terminó con las cosas de la casa. Entre sus sueños se cuenta mudarse a algún lugar más cerca del gimnasio, no se acostumbra a las distancias a que la obliga la vida en Buenos Aires. Algún día va a cobrar 150 mil por pelea, como en Estados Unidos, algún día los empresarios se van a dar cuenta de quién es ella, de lo que vale. Y si no, va a tener que desmostrarlo. No es un problema para la Tigresa, demostrar que puede es lo mejor que sabe hacer.



FOTO:RAFAEL CALVIÑO

REHENES DEL MERCADO

POR SANDRA RUSSO

Lunes a la noche. El cine del Patio Bullrich está lleno. Parece que la proximidad del feriado ha sacado a la gente de sus casas, porque hace rato que el cine, un lunes por la noche, no está lleno. Encuentro ocasional con conocidos: uno de ellos ha escuchado que los mercados han vuelto a patalear tras el ajuste, y que cayó la bolsa. Además, mañana no habrá diarios. La película es buena: *Harry, un amigo que te quiere bien*. Harry está loco, pero su amigo, al que estuvo a punto de arruinarle la vida, también. Pensamiento fugaz: acaso todos necesitaríamos que un loco venga a despejarnos nuestras vidas para sacarnos de encima todo aquello que la culpa y los pruritos no nos permiten eliminar ni con un cuchillazo ni con indiferencia. Interferencia mental: ¿era ayer que a Cavallo lo tildaban de loco y de heterodoxo? ¿Por qué entregamos tan mansamente nuestra semiótica al mercado, y empezamos a hablar de heterodoxia como si fuera un insulto? ¿Cuánto dura la heterodoxia en países emergentes? ¿Dos semanas es mucho? Parece que fue hace un año, y no un mes, que la hiperkinesia de Cavallo y la cámara lenta de De la Rúa hizo suspirar resignadamente a alguien que me dijo: "Cambiamos un bobo por un loco".

Cena rápida en el Patio de Comidas. La gente está como siempre está aquí, engamada y en control de sus pasiones. Juego a adivinar quién de todos estos señores y señoras de tweeds y alpaca y de pilotines Burberry's comprados seguramente en Londres está del otro lado, de los que están decididamente a salvo, y quiénes acumulan quiebras, desbandes, cartas documento y demandas. Por sus cenas rápidas han pagado poco: siete, ocho pesos en promedio. Pero se sientan a sus mesas con dignidad burguesa, con esa precisa y comedida dignidad burguesa que se contagian los unos a los otros. Ninguna voz sobresale. El murmullo denota muy buena educación.

Alguien se acerca a hacer el mismo comentario sobre el eterno malestar de los mercados. Los mercados son hipocondríacos, altaneros y maniáticos. Son barriles sin fondo, sexópatas insaciables que en lugar de sexo quieren hambre ajena. ¿No era que querían ajuste? ¿No se les ha dado ajuste? Los mercados son como ese chico insoportable de la publicidad de jugos Tang: "Quiero más, quiero más, quiero más", dicen mientras hacen correr la voz de su jaqueca, de su insatisfacción y de sus pulgares señalando hacia abajo. Los mercados, vamos, nos han hecho la cruz. No hay contrato social que los resista. No hay sociedad viable si se los pretende más o menos conformes. Si alguien quiere tu ruina y tu deshonra, no se conformará con que abandones la teve por cable ni con que dejes de irte de vacaciones. Si alguien quiere tu ruina y tu deshonra, no parará hasta arruinarte y deshonrarte. Es inútil romperte la cabeza pensando cómo preservar la dignidad de tu vida, porque sin saber cómo ni haberlo decidido –para eso estuvo Menem, con su estilo más directo imposible, y después De la Rúa, meditando si ser o no ser con su propia calavera en la mano– somos rehenes de los mercados. En esos atracos último modelo en los que cuatro lúmpenes toman como rehenes a familias enteras, lo que se ve es una metáfora de ese otro atraco monumental e inconfesable del que es víctima este país entero. Cuatro tipos sin nombre, aparentemente Nadie, nos han tomado a todos de rehenes. O les damos exactamente lo que quieren, o hacen temblar los mercados. ¿Y qué son los mercados sino una herramienta anónima, perversa y repugnante mediante la cual Nadie extorsiona a una sociedad para que les entregue sus ahorros, sus proyectos, sus sueños, sus expectativas, sus ideas, el destino de sus hijos y la vejez estropeada de sus padres? De pronto se me cruza una visión curiosa: veo este patio de comidas elegante, lleno de gente bien y por ahí hasta de buena gente, rodeado de locales en los que un saco vale quinientos pesos y un par de zapatos doscientos cincuenta, superpuesto a la primera imagen que tuve alguna vez de La Habana: un lugar que años antes había florecido a la luz del juego clandestino y los negocios sucios de Batista, congelado, devastado, embalsamado en la quietud post-revolucionaria. Ninguna lamparita que se quemó fue respuesta. Ninguna pared despintada fue vuelta a pintar. Ninguna casa destruida fue reciclada. Todo se dejó estar. Veo el Patio Bullrich, ese emblema de la burguesía porteña, en un futuro mediato, despintado, desarmado, deshecho, desangelado, descuidado. Me imagino los tweeds y las alpacas raídas por el uso. Me imagino los pilotines de Burberry's gastados y manchados. Me imagino los locales fastuosos ya sin mercadería, y las luces de los techos apagadas. La visión es amarga. Sobre todo, porque nos habremos vuelto fantasmas de lo que alguna vez fuimos, pero sin haber pasado por el éxtasis de alguna decisión colectiva. Hay algo peor que querer y no poder: es no saber qué se quiere o hundirse preguntándose qué era lo que querían los mercados.

RAMOS GENERALES

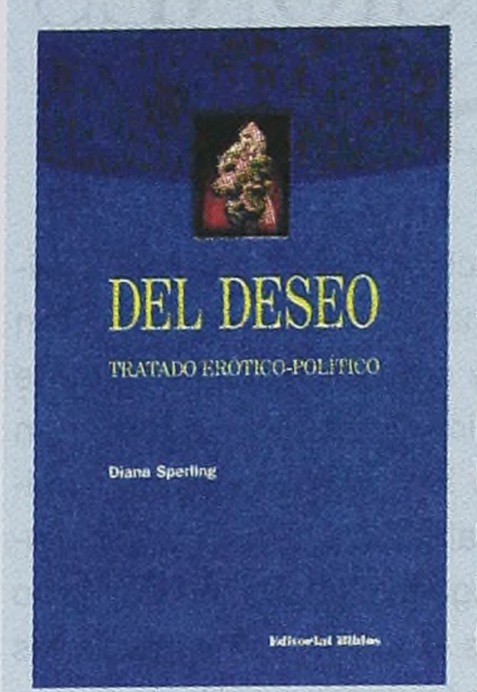
ABLACIONES EN ESPAÑA

Como consecuencia no prevista de las migraciones africanas, los españoles están descubriendo que su país también sirve de marco para prácticas culturales que creían lejanas. Y es que los cerca de 30 mil inmigrantes de Senegal, Gambia, Mali y Mauritania no sólo han llegado con sus familias, sino también con todas sus tradiciones, entre las que se cuenta la infibulación, es decir, la mutilación (total o parcial) del clítoris, una intervención que suele realizarse antes de que las niñas ingresen en la pubertad. En los últimos años, los médicos del sistema de salud pública han detectado al menos 35 casos de ablaciones y suponen que 30 de ellos se llevaron a cabo en España por personas que, periódicamente, se llegan a las regiones habitadas por estas comunidades de inmigrantes para ofrecer sus servicios. Al realizarse en la más absoluta clandestinidad, por otra parte, las operaciones tienen lugar en departamentos y sin tener en cuenta ningún tipo de condición séptica. Son las madres, en ocasiones, las que desean que las niñas sean infibuladas: ellas mismas lo han sido de pequeñas y, como toda respuesta a los médicos que intentan disuadirlas, afirman que lo harán cuando regresen "de vacaciones" a sus países de origen. Una intervención directa, en estos casos, sirve de poco. La madre o el padre a quien el médico sacó el tema sencillamente deja de ir a la consulta, al sentir invadida su intimidad. "Si vamos directamente a hablar de la ablación, no viene nadie a la reunión y lo estropeamos todo", dice Isabel Riesa, una guineana que trabaja para un programa de salud comunitaria en Cataluña. "Una de las barreras que encontramos es que el tema es tabú y cuesta romper el hielo. Para ellas pertenece a su vida privada. Además, son muy difíciles de abordar". Sin embargo, piensan algunos, sólo es cuestión de tiempo. Tal vez las próximas generaciones, las hijas de inmigrantes criadas en Europa ya no sientan la necesidad de obedecer el mandato y ver mutilado su cuerpo, como explica una gambiana que trabaja como mediadora: "Sólo cambiará con el tiempo, hay que hacerlo sin presiones".



LIBRERÍA

Sobre el deseo y Spinoza



En *Del deseo. Tratado erótico-político* –editorial Biblos–, la escritora, filósofa y ensayista Diana Sperling apuesta por un camino lleno de relaciones, en primera instancia, difíciles de sospechar, a menos que, como es su caso, se haya leído, releído y pensado a Baruch Spinoza desde múltiples perspectivas. "Spinoza", dice Sperling en las primeras páginas, "el filósofo que eleva el deseo a categoría filosófica, no para denostarlo sino para hacer de él la clave de la existencia".

SEÑORAS Y SEÑORAS

Vaya trabajo el de Micky



Micky Pistorius es una psicóloga sudafricana que seis años atrás, por falta de consultorio propio, terminó contratada por la policía para una misión, verdaderamente, de película: realizar, a partir de los indicios dejados en la escena del crimen, perfiles psicológicos de asesinos seriales. Claro que tamaña presión (al año de comenzar este trabajo, se divorció y su vida social se redujo al contacto con su gato) terminó por agotarla, y el año pasado lo abandonó para ejercer de psicoterapeuta. Pero la curiosidad, ella lo sabe, puede más, así que plasmó esas experiencias en *Profileuse* (algo así como *Perfiladora*), un libro que se convirtió en inmediato best seller, tal vez por la manera en que transmite su punto de vista, al menos en algunas entrevistas: "Un crítico de arte, para comprender a un artista y sus telas, debe impregnarse de su trabajo. Lo mío es parecido. Voy al lugar del crimen: tomo fotos, me paseo por los alrededores, respiro el aire y escucho los ruidos de la naturaleza. ¿Ha elegido el campo, el bosque, un pueblo? ¿Observa un ritual? Observo a la víctima: ¿por qué el asesino serial ha elegido a una mujer y no a otra? ¿Por qué les ató las manos y los pies? Un perfil psicológico está hecho de una multitud de pequeños detalles que revelan cosas del asesino".

CINE

EN NOMBRE DE HISPANOAMERICA

Marlene Dermer es la directora ejecutiva del Festival de Cine Chicano de Los Angeles. Cinéfila y cineasta de origen peruano, se plantea la convivencia entre los productos hollywoodenses, el mainstream en estado puro y lo iberoamericano.

POR SOLEDAD VALLEJOS

Tú sabes, yo tengo un lado muy filantrópico, muy de la comunidad. A lo mejor soy bastante una socialista democrática. Me gusta mucho ayudar a la gente, me inspira mucho. Y lo que me levanta todos los días es la posibilidad de traer un cambio positivo a mi cultura, a mis productores latinoamericanos, a mis cineastas, a crear oportunidades, a apoyarlos. Eso es lo que hago." De acuerdo, fueron estas actividades las que la convirtieron en invitada (junto con sus socios Robert Young y Edward James Olmos) a la sección "Los que no somos Hollywood" del último Festival de Cine Independiente, pero lo cierto es que esa definición sólo cubre una parte de la vida de Marlene Dermer. Porque esta peruana instalada en Estados Unidos desde su adolescencia es, además de directora ejecutiva del Festival de Cine Chicano de Los Angeles, una cineasta cinéfila capaz de hacer empalidecer a cualquier workaholic hecho y derecho. Y lo que es peor, sin repetir, soplar, ni cansarse.

SIN CONCESIONES

Digamos que, a sus 13 años, se vio aterrizando en New Orleans con sus padres, que su inglés apenas le alcanzaba para mascullar un "hello" y que, en medio de una ciudad del sur norteamericano, su padre decidió que aprendiera el idioma... con una profesora británica. Perú, para ella, era la infancia, un colegio de monjas de lo más estricto y el castellano que se continuaba sólo en el espacio doméstico de su nuevo hogar. Entonces, de todo eso a las calles de un lugar automáticamente asociado al jazz hubo un par de diferencias. "Pues yo he pasado bastantes shocks en mi vida", dice como al pasar, y recuerda sus años de secundario en una escuela de artes, explica, parecida a la de *Fama*.

–New Orleans Center for Creative Arts, se llama. Fue magnífico. Ahí fue donde comencé a meterme más en ese fenómeno. En realidad, yo vengo entrenada en teatro, pero también dibujo, tomo fotos, pinto. Mis padres querían que fuera por arte, pero yo fui por teatro, estaba en todas las obras del colegio, todas esas cosas. Después me casé, tuve un hijo, dejé todo eso, y finalmente regresé para trabajar como asistente para un productor, haciendo un videoclip para Bobby Brown.

La enumeración puede hacer perder un detalle: cuando habla de ese regreso final, se está refiriendo a sus 21 años. Y cuando se casó era tan joven que la ley exigía el permiso de sus padres, algo que no tardó en conseguir porque "yo era tan rebelde y tan movida que mi padre pensó que eso me iba a calmar". Pues la chica se calmó tanto que, en cuanto se divorció, empezó a ejercer de madre soltera, y a meterse en cuanto resquicio de la industria cinematográfica divisara; todo, por supuesto, "mientras atendía la universidad". En algún momento, a principios de los '80, le tocó representar a Perú en una feria mundial realizada en New Orleans. Seis meses duraba el encuentro, el tiempo más que suficiente para que un hartazgo se convirtiera en iluminación.

–Creo que ahí fue el comienzo de mi inspiración para hacer un programa de cine latino. Porque todos me hacían unas preguntas tan ignorantes, cosas como "¿En el Perú hay luces rojas?", "¿En el Perú viven en chozas?" sólo porque había una instalación de una choza del Amazonia, "¿Dónde conseguir cocaína?". Entonces, al comienzo, era como un insulto para mí. Además, al haber pasado la experiencia de lo que era el colegio público en Estados Unidos, te das cuenta de que es una ignorancia naïve, casi inocente. Y la segunda cosa que me inspiró a hacer un programa de cine iberoamericano es que, cuando estaba en la universidad, vi dos películas que me afectaron, me impactaron muchísimo y cambiaron, a un cierto nivel, mi vida: *Memorias del subdesarrollo* y *Lucía*, las dos de directores cubanos.

Pregunta obvia que no espera a escuchar: ¿Por qué el impacto?

–Porque yo, ya en ese momento, era madre soltera, iba a la universidad parte del tiempo. Y estaba tratando de trabajar en el medio, en el mundo, que me fascinaba, el mundo en el cual me había movido desde que era niña. Yo voy al cine desde que era niña, mis hermanas, que tienen diez años más que yo, me metían al cine con ellas. Entonces, soy una gran amante del cine. Pensé cómo el medio más fuerte del mundo, el que tiene el poder más grande, pensé que sería una linda manera para que la gente pueda entrar en un viaje, pueda ir a todos estos países y ver, identificarse con esta otra gente, y darse cuenta de que todos somos humanos. Y sin tener que decirle nunca "mira, me tienes que aceptar porque esto, porque el otro", sino como una linda manera de entendernos mejor, de poder querernos mejor y no tenernos miedo. Y el otro motivo es porque creo profundamente, pasionalmente, en mi cine.

Entonces, como ahora, Marlene se planteaba la convivencia entre los productos hollywoodenses, el mainstream en estado puro, y lo iberoamericano, una apuesta que incluye, por definición, productos latinoamericanos, españoles y norteamericanos. En un principio, casi por lógica, intentó armar el festival en Los Angeles, pero ser la novia del responsable de la Secretaría de Cultura de


FOTO: TAMARA PINCO

la Ciudad no era lo más indicado para ponerse al frente de semejante iniciativa. "Me dijo que no me podía ayudar porque sería un conflicto de intereses. Me encabroné con él, lo mandé a la mierda, le dije 'bueno, está bien, entonces lo voy a hacer en New Orleans'." Una chica de ideas firmes, hay que reconocerlo. El asunto es que armó las valijas, llegó a su ciudad adoptiva, concretó su idea, y en medio de todo eso el vicepresidente de una agencia de talentos de Hollywood la contrató para organizar jornadas de cine latino, pero en Shanghai. "Y fui la primera persona que presentó el programa de cine latino más grande en Shanghai, en 1995."

Todo marchaba, pero en algún momento el hecho de tener que hacer frente tanto a cuestiones administrativas como de programación y relaciones públicas por sí sola y absolutamente ad honorem empezó a agotarla. A ella y a su billetera. Contaba, en ese momento, con un cargo de lo más interesante en los estudios Paramount ("era muy simpático entrar ahí. Estás entrando a tu trabajo y te encuentras con estos personajes de *Star trek*, con monstruos del espacio, y entonces es como trabajar en un lugar de fantasía"), el lugar ideal para observar la manera de moverse en Hollywood, y aprenderla al dedillo. En eso estaba cuando la posibilidad de hacer su festival en Los Angeles empezó a cristalizarse. Presentó el proyecto asociada con un grupo de amigos, y "comenzamos unas negociaciones bastante grandes".

–Ahí es cuando la ciudad nos dice "mire, el señor Edward James Olmos está interesado en apoyarlos, él además es jefe del Comité de Herencia Hispana". Entonces mis socios y yo lo pensamos, pero yo no quería trabajar con él. Había escuchado que él era muy difícil, todo, pero no era eso; mi pregunta era: "¿Qué sabe él de cine iberoamericano?". Al final, decidimos encontrarnos con él, y resultó que su visión no era la misma que la mía, pero sí muy paralela. Un intento muy puro, muy honesto. Y pues decidí darle una chance, y decidimos trabajar, hicimos concesiones, dialogamos. Bueno, termina que soy yo la que tiene que trabajar con él.

Con el respaldo de uno de los nombres más fuertes de la movida del cine chicano, Marlene logró hacer crecer enormemente el festival. Los cinco mil asistentes de la primera edición treparon hasta cerca de 30 mil en la última, y ese éxito ha conseguido que los grandes estudios presten atención a los títulos en proyección y reciban a los directores; es más, algunos nombres importantes de la industria no titubean en patrocinar el evento y colaborar, así, con los premios. Y una de las cosas más interesantes, cuenta orgullosa, es que el público no es exclusivamente latino.

Como a dos años de trabajar juntos en el festival, Olmos le ofreció un trabajo con él. Pero para eso Marlene debía dejar de lado el puesto en la Paramount, algo a lo que, en un principio, se resistió con gran convicción.

–Yo no quise, estaba feliz en el estudio. He sufrido mucho para estar en el negocio, he tenido que hacer muchos sacrificios, especialmente como madre soltera. Lo he hecho a pulmón, sabes.

–¿Es muy fuerte la competencia?

–Es una competencia salvaje. Y ser mujer tampoco es fácil en el medio. No es que quiera ser víctima ni nada de eso, pero es así. Y encima, ser mujer, y ser latina, pues tampoco es fácil. Pero lo que no te mata te hace más fuerte, y así me siento yo. No me interesaba eso en ese momento porque no quería ser asistente de él. Tenía muy claros mis retos, adónde quería llegar.

Pero las situaciones cambian, y, finalmente, Marlene accedió, comenzaron a gestar otros proyectos (uno de ellos, Latino Public Broadcasting, por ejemplo, del cual ella es directora ejecutiva, se encarga de ubicar programación latina en la televisión pública de Estados Unidos), y a reforzar el movimiento del cine chicano en Los Angeles. Sonríe, reconoce que le va bien, y no lo atribuye a la suerte sino a una serie inmensa de pasos previos. "Yo –explica–, he tenido que hacer muchos sacrificios para llegar a trabajar en lo que me encanta. Me fascina el cine. Y soy como una imbécil, porque ahí me pongo a llorar, me asusto cuando bien sé que es un efecto especial. Me encanta, me mueve. Y por eso estoy aquí, y por eso hago lo que hago, y por eso en eso trabajo". Suena lógico, ¿no?

maestra pastelera



Beatriz Chomnalez fue en su juventud, junto a su marido Raúl, artífice de los cortes de pelo más *in* que podían verse en los alrededores de la Recoleta: eran clientas suyas modelos tops de los 60 como María Larreta o Chunchuna Villafañe. Desde hace ya muchos años se ha transformado en maestra de cocineros. Enseñó especialidades francesas a algunos de los chefs más importantes del país. Su fuerte es la pastelería.

POR FELISA PINTO

Desde los años '60, Beatriz Chomnalez, hoy convertida en cocinera superstar gracias a su talento y devoción por la cocina francesa, cultiva el arte del buen vivir. En aquellos años, acompañó a las huestes del Di Tella y a otros intelectuales rebeldes (amén de elegantes de la clase alta argentina con ansias de modernidad) en los salones de la peluquería Chez Cristian, reducto insoslayable en épocas del pop, ubicado en la calle Ayacucho, haciendo cruz con el hotel Alvear.

Allí, su marido, Raúl Chomnalez, dirigió y ejecutó con maestría y altas dosis de creatividad los cortes y peinados en versión local del swinging London, tendencia que marcó a la década del 60, en todo el mundo, en lo que se refiere al look. De ese templo del glamour y el chic porteño, en la Recoleta, Beatriz recuerda la imaginación para vestirse con extravagancia, y recuerda también la sumisión reverencial a las sugerencias de su marido, además de coiffeur, gran fotógrafo e intelectual de vanguardia. "Nadie quería ser *square*, palabra que designaba, en ese momento, a las y los convencionales o conservadores, a la hora de vestir o peinarse, y que todavía resistían los nuevos mandatos de la 'moda loca', expresión de las revistas de moda, no demasiado convencidas de los cambios insolentes", recuerda Beatriz. Devotas de Chez Cristian fueron, entre otras, las modelos top de ese tiempo, María Larreta, Chunchuña Villafañe y Nacha Guevara, vestales favoritas del coiffeur. Y Manuel Lamarca, Edgardo Giménez o Héctor Bianciotti, para citar sólo algunos de los que empezaban a frecuentar la recién inaugurada peluquería unisex.

LA BUENA MESA

Sin embargo, la pasión por otro arte del buen vivir, la cocina, empezó para Beatriz y creció desde los años '80,

maestra pastelera



VALERIA BELLUSCI





Beatriz Chomnalez fue en su juventud, junto a su marido Raúl, artífice de los cortes de pelo más *in* que podían verse en los alrededores de la Recoleta: eran clientas suyas modelos tops de los 60 como María Larreta o Chunchuna Villafañe. Desde hace ya muchos años se ha transformado en maestra de cocineros. Enseñó especialidades francesas a algunos de los chefs más importantes del país. Su fuerte es la pastelería.

POR FELISA PINTO

Desde los años '60, Beatriz Chomnalez, hoy convertida en cocinera superstar gracias a su talento y devoción por la cocina francesa, cultiva el arte del buen vivir. En aquellos años, acompañó a las huestes del Di Tella y a otros intelectuales rebeldes (amén de elegantes de la clase alta argentina con ansias de modernidad) en los salones de la peluquería Chez Cristian, reducto insoslayable en épocas del pop, ubicado en la calle Ayacucho, haciendo cruz con el hotel Alvear.

Allí, su marido, Raúl Chomnalez, dirigió y ejecutó con maestría y altas dosis de creatividad los cortes y peinados en versión local del swinging London, tendencia que marcó a la década del 60, en todo el mundo, en lo que se refiere al look. De ese templo del glamour y el chic porteño, en la Recoleta, Beatriz recuerda la imaginación para vestirse con extravagancia, y recuerda también la sumisión reverencial a las sugerencias de su marido, además de coiffeur, gran fotógrafo e intelectual de vanguardia. "Nadie quería ser *square*, palabra que designaba, en ese momento, a las y los convencionales o conservadores, a la hora de vestir o peinarse, y que todavía resistían los nuevos mandatos de la 'moda loca', expresión de las revistas de moda, no demasiado convencidas de los cambios insolentes", recuerda Beatriz. Devotas de Chez Cristian fueron, entre otras, las modelos top de ese tiempo, María Larreta, Chunchuña Villafañe y Nacha Guevara, vestales favoritas del coiffeur. Y Manuel Lamarca, Edgardo Giménez o Héctor Bianciotti, para citar sólo algunos de los que empezaban a frecuentar la recién inaugurada peluquería unisex.

LA BUENA MESA

Sin embargo, la pasión por otro arte del buen vivir, la cocina, empezó para Beatriz y creció desde los años '80, cuando vivió en París junto a toda su familia. Cuando volvió a la Argentina, en el '83, transmitió con gran fervor sus recetas aprendidas en el Cordon Bleu parisino y en la École de Varenne, a grupos de jóvenes, algunos de ellos exitosísimos hoy en sus propios restaurantes: Germán Martitegui (Agraz), Rodrigo Toso (Chelsea Loft), Estanislao Carenzo (Sudestada), Rodrigo Sieiro y Juan Pedro Demuró (Nectarine), Paula Méndez Carrera (Splendid) y Sergio Copat (La Esquinita), para citar sólo algunos.

Actualmente, la destreza culinaria de Beatriz se puede apreciar además todos los días a la hora del té, en el Caesar Park. Allí es la responsable de un espacio exclusivo destinado a mostrar y vender sus dotes como maestra pastelera de la recién inaugurada pâtisserie del hotel. Enese rincón se venden dulzuras, tentaciones, panes artesanales, amén de tés delicados procedentes de Bélgica o de Mariage Frères (el lugar del buen té en París). Sin olvidar buenas mezclas exóticas y refinadas de cafés, que también se compran para llevar.

Desde las cinco hasta las siete y media de la tarde, en ese lugar se puede tener la sensación de que el mundo está casi bien, aunque la realidad estalle más allá de la calle Posadas. En esos salones se agrupan los devotos de Beatriz para gustar sus manjares, a veces anticipados en el Canal El Gourmet.com, desde su espacio dedicado a la refinada comida francesa.

A los más tradicionalistas del té de las cinco, en el Caesar se suman los cultores de esa cruza entre merienda y comida ligera llamada high-tea por los ingleses, servido de manera tal que puede reemplazar con creces la comida de la noche, y sortear el desgano que produce cocinar al volver a casa.

Para tentar a los ritualistas, descuellan sobre la mesa microsandwiches (irresistibles los de mousse de berro con pavita, o de salmón y huevo revuelto con eneldo, sin despreciar los de queso azul con avellanas). Para contrastar con lo salado, están las delicias dulces, refinadas en su textura y sabor sutil, como solamente la pâtisserie francesa puede lograrlas. "Aunque mis primeras armas en cocina las hice en el Cordon Bleu y la École de Varenne, la formación pastelera se la debo a Gerard Mulot, a quien visito todos los años y renuevo con él recetas ancestrales de todas las regiones de Francia. Mulot es el más importante pâtissier francés y el favorito de los senadores en París (que compran a pocos pasos del Senado, Chez Mulot). Adoran su torta de chocolate con polvo de almendra en lugar de harina, y que ahora también es favorita en el Caesar de Buenos Aires", ilustra Beatriz, cortando una rodaja del manjar.

Según ella, a la hora de entregarse a la sensualidad de algo dulce, con tradición francesa (sobria dosis de azúcar y textura de seda en las cremas), no hay otra actitud que no sea resistir al pecado. "Cuando se trata de gozar la pâtisserie, no hay light que valga. Un postre no debe tener tendencia. Debe tener, en cambio, historia de sabores y texturas, logradas con técnicas artesanales milenarias. Si bien la comida francesa cambió actualmente sus fórmulas en favor de la reducción de grasas, frituras y crema exagerada, la pâtisserie no puede hacerlo. No puede existir un buen milhojas sin mucha manteca, o una brioche con poca manteca y huevos que no sean frescos", apunta Beatriz.

USOS Y SABORES

Otro refinamiento, al servirse la infusión en el Caesar es el uso de un colador individual, donde se colocan las hebras del té elegido, sobre el que se verterá el agua, para lograr una bebida perfecta en gusto y punto de concentración, ni muy clara ni muy cargada.

A pocos días de inaugurada la pâtisserie en el hotel, Beatriz ya detectó los clásicos de la pastelería francesa que aman los argentinos. Por ejemplo, la tarte aux pommes y las tarteletas de sablé con ganache de chocolate. O las legendarias brioches con receta de origen, que ya casi no se hacen en las confiterías porteñas.

Desde luego, sin dejar de lado otros clásicos menos degustados que además se pueden comprar en el momento, para llevar. A la hora de entregarse a la sensualidad, se pueden elegir otros excesos y tentaciones, a precios razonables. La torta de Gerard Mulot cuesta 20 pesos, la grande, y 12, la chica. Las legendarias brioches (0,80 las chicas y 4 pesos la grande), diversos bizcochos y tarteletas insuperables, a partir de 2pesos. Entre los panes artesanales, muy bueno el de salvado y la ciabatta, un pan campesino que va bien con los quesos franceses.

Las trufas de chocolate, y cascaritas de naranjas o pomelos, con azúcar escarchado, para acompañar el café, son insoslayables.







cuando vivió en París junto a toda su familia. Cuando volvió a la Argentina, en el '83, transmitió con gran fervor sus recetas aprendidas en el Cordon Bleu parisino y en la École de Varenne, a grupos de jóvenes, algunos de ellos exitosísimos hoy en sus propios restaurantes: Germán Martitegui (Agraz), Rodrigo Toso (Chelsea Loft), Estanislao Carenzo (Sudestada), Rodrigo Sieiro y Juan Pedro Demuró (Nectarine), Paula Méndez Carrera (Splendid) y Sergio Copat (La Esquinita), para citar sólo algunos.

Actualmente, la destreza culinaria de Beatriz se puede apreciar además todos los días a la hora del té, en el Caesar Park. Allí es la responsable de un espacio exclusivo destinado a mostrar y vender sus dotes como maestra pastelera de la recién inaugurada pâtisserie del hotel. Enese rincón se venden dulzuras, tentaciones, panes artesanales, amén de tés delicados procedentes de Bélgica o de Mariage Frères (el lugar del buen té en París). Sin olvidar buenas mezclas exóticas y refinadas de cafés, que también se compran para llevar.

Desde las cinco hasta las siete y media de la tarde, en ese lugar se puede tener la sensación de que el mundo está casi bien, aunque la realidad estalle más allá de la calle Posadas. En esos salones se agrupan los devotos de Beatriz para gustar sus manjares, a veces anticipados en el Canal El Gourmet.com, desde su espacio dedicado a la refinada comida francesa.

A los más tradicionalistas del té de las cinco, en el Caesar se suman los cultores de esa cruza entre merienda y comida ligera llamada high-tea por los ingleses, servido de manera tal que puede reemplazar con creces la comida de la noche, y sortear el desgano que produce cocinar al volver a casa.

Para tentar a los ritualistas, descuellan sobre la mesa microsandwiches (irresistibles los de mousse de berro con pavita, o de salmón y huevo revuelto con eneldo, sin despreciar los de queso azul con avellanas). Para contrastar con lo salado, están las delicias dulces, refinadas en su textura y sabor sutil, como solamente la pâtisserie francesa puede lograrlas. "Aunque mis primeras armas en cocina las hice en el Cordon Bleu y la École de Varenne, la formación pastelera se la debo a Gerard Mulot, a quien visito todos los años y renuevo con él recetas ancestrales de todas las regiones de Francia. Mulot es el más importante pâtissier francés y el favorito de los senadores en París (que compran a pocos pasos del Senado, Chez Mulot). Adoran su torta de chocolate con polvo de almendra en lugar de harina, y que ahora también es favorita en el Caesar de Buenos Aires", ilustra Beatriz, cortando una rodaja del manjar.

Según ella, a la hora de entregarse a la sensualidad de algo dulce, con tradición francesa (sobria dosis de azúcar y textura de seda en las cremas), no hay otra actitud que no sea resistir al pecado. "Cuando se trata de gozar la pâtisserie, no hay light que valga. Un postre no debe tener tendencia. Debe tener, en cambio, historia de sabores y texturas, logradas con técnicas artesanales milenarias. Si bien la comida francesa cambió actualmente sus fórmulas en favor de la reducción de grasas, frituras y crema exagerada, la pâtisserie no puede hacerlo. No puede existir un buen milhojas sin mucha manteca, o una brioche con poca manteca y huevos que no sean frescos", apunta Beatriz.

USOS Y SABORES

Otro refinamiento, al servirse la infusión en el Caesar es el uso de un colador individual, donde se colocan las hebras del té elegido, sobre el que se verterá el agua, para lograr una bebida perfecta en gusto y punto de concentración, ni muy clara ni muy cargada.

A pocos días de inaugurada la pâtisserie en el hotel, Beatriz ya detectó los clásicos de la pastelería francesa que aman los argentinos. Por ejemplo, la tarte aux pommes y las tarteletas de sablé con ganache de chocolate. O las legendarias brioches con receta de origen, que ya casi no se hacen en las confiterías porteñas.

Desde luego, sin dejar de lado otros clásicos menos degustados que además se pueden comprar en el momento, para llevar. A la hora de entregarse a la sensualidad, se pueden elegir otros excesos y tentaciones, a precios razonables. La torta de Gerard Mulot cuesta 20 pesos, la grande, y 12, la chica. Las legendarias brioches (0,80 las chicas y 4 pesos la grande), diversos bizcochos y tarteletas insuperables, a partir de 2pesos. Entre los panes artesanales, muy bueno el de salvado y la ciabatta, un pan campesino que va bien con los quesos franceses.

Las trufas de chocolate, y cascaritas de naranjas o pomelos, con azúcar escarchado, para acompañar el café, son insoslayables.

LO NUEVO *lo raro* LO UTIL

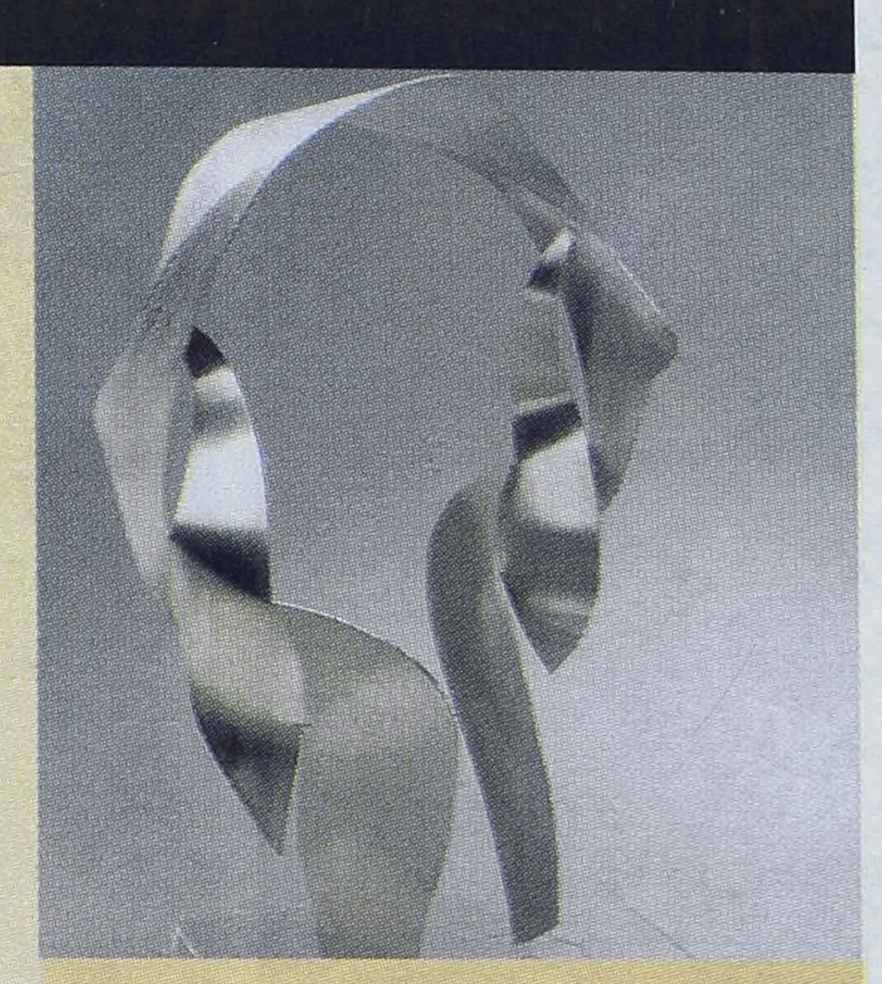


corrector

El nombre es largo y complicado: Lucidity Light Diffusing Concealer SPF 8. Pero se trata de algo simple. Es un nuevo corrector de Estée Lauder, de textura liviana y larga duración, que posee (de ahí su nombre) una tecnología óptica que dispersa la luz disimulando decoloraciones e imperfecciones faciales. Viene en un modernísimo dispensador parecido a un bolígrafo que libera la dosis exacta requerida cada vez que se gira su base. Contiene además camomila y aloe vera.

NUEVO MÉTODO

La compañía farmacéutica holandesa Organon desarrolló y presentó un nuevo método anticonceptivo, Implanon, que brinda protección de hasta tres años. Se trata de un implante subcutáneo que se inserta debajo de la piel de la parte superior del brazo. La inserción se realiza mediante un procedimiento sencillo (lo hacen médicos) con un aplicador. El implante, que puede retirarse cuando se desee, se compone de un polímero no siliconado (vinil acetato de etileno –EVA–), que libera una hormona progestagénica. No contiene estrógenos. La acción anticonceptiva se lleva a cabo principalmente evitando la ovulación.



Von Lipka

Hasta el 13 de mayo, en el Centro Cultural Recoleta se exponen las obras de los últimos diez años de la escultora Irene von Lipka. La muestra se llama "Trazos hacia el milenio": reúne esculturas de aluminio, sin soldaduras.



Cuidados de invierno

La Roche Posay presenta en la Argentina Hydraphase XL, una emulsión con alto poder hidratante y efectiva protección contra los rayos UVA. La emulsión no se va con el agua, tiene una mínima cantidad de conservantes y tiene una textura hiperfresca. Está destinada a la protección de la piel durante el invierno.



Citrus y Virginie

L`Oreal lanzó su nuevo champú Elvive Citrus, cuya imagen es Virginie Ledoyen, una actriz francesa de 23 años que es ya un icono de su generación en su país: ha sido nominada tres veces para los premios César, y tuvo reconocimiento internacional cuando coprotagonizó con Leonardo Di Caprio *La playa.*



De la Puna al Chaco

En el marco de la conmemoración de los 180 años de la Universidad de Buenos Aires, la Facultad de Filosofía y Letras y la Secretaría de Extensión Universitaria presentan una muestra arqueológica de elementos de 4000 años de antigüedad. Fue inaugurada la semana pasada, y se puede visitar de miércoles a domingos de 14.30 a 18.30 en el Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti", en Moreno 350. La exhibición se remonta a tiempos en los que el noroeste del actual territorio argentino estaba habitado por cazadores-recolectores. Bolsas tejidas con fibras vegetales, instrumentos musicales, proyectiles son algunos de los elementos más antiguos.



becas Vichy

La marca francesa Vichy lanzó el Primer Concurso de Métodos y Sistemas Originales de Diagnóstico de Piel 2001. Se premiarán la investigación y el conocimiento científico de los estudiantes del último año de las carreras de Farmacia y Bioquímica de la UBA. Están previstas seis becas, que consisten en pasantías remuneradas de dos meses para la puesta en marcha de sus métodos en las farmacias integradas al proyecto, y un primer premio, consistente en un viaje de estudios a los Laboratorios Vichy de París.



Piazza

El diseñador Roberto Piazza cerró la semana Buenos Aires Alta Moda, en el Hilton, con una colección que llamó "Piazza en la luna y las estrellas". Inspirados en el sol y las constelaciones, sus vestidos fueron confeccionados y bordados a mano, en gran parte con cristales Swarovski, traídos desde Austria. Incluyó además materiales como piel de mono y vinilo, mezclados con gasa y seda natural. Un dato: la colección completa pesa un cuarto de tonelada. De light, Piazza tiene poco.

PERSONAJES

Sastre, Inés

Su lanzamiento internacional fue después de haber ganado el concurso Elite Model Look, pero Inés, cuya cara se hizo famosa en todo el mundo por ser la imagen de una línea líder de cosmética, desechó las ofertas que le llegaron entonces: las pospuso para terminar su licenciatura de Letras en la Sorbona. Historia de una chica diez.

POR A. T.

Es una chica diez a todas luces. Racional y medida, burguesa y ambiciosa, la española Inés Sastre supo cómo zafar de la tilinguería que a menudo sobrevuela el mundo de la moda, del que ella proviene, pero sin haber fijado en él ninguna residencia permanente. Si la chica que es la cara internacional de Lancôme no es aun más famosa de lo que es, ello se debe a que Inés planifica hasta eso, y no se deja ver ni fotografiar en ninguna circunstancia que no le sea propicia. Como pasó el año pasado, cuando festejó sus 26 años en el Cipriani de Nueva York, que reservó sólo para ella y sus amigos. Ningún fotógrafo tuvo acceso, pero Inés fue terminante hasta con sus invitados: nadie podía tomarle fotos esa noche. Ella vive de su imagen y ha decidido graduarla.

Para ese entonces, el mundo de la moda estaba sacudido por la caída en desgracia de Gerard Marie, el ex señor todopoderoso que regenteaba en Europa la agencia de modelos Elite: la BBC había conseguido información sobre modelitos menores de edad expuestas a ofertas sexuales y cocaína. Ahora, Inés le ha dicho al periodista de la revista *El País* Jesús Rodríguez: "Me puse loca de contenta cuando salió ese documental. Lástima que no me llamaran los periodistas de la BBC, les podría haber contado muchas cosas... Hay historias que pasan en el mundo del cine y de la moda que habría que denunciar". De hecho, hace diez años, cuando Inés era apenas una púber, fue coronada por Marie –entonces el marido de la top Linda Evangelista– como la ganadora de uno de los concursos de modelos más importantes del mundo, el Elite Model Look. Tras su triunfo, Elite le ofreció, como había hecho en años anteriores con otras ganadoras como Nadja Auermann, Stephanie Seymour, Cindy Crawford o Karen Mulder, un contrato millonario. Es a eso a lo que aspiran las concursantes. A ganar y a que un contrato así les cambie la vida. A hacerse famosas de un día para el otro. A viajar incansablemente y a vivir la vida loca entre otras bellas mujeres y hombres capaces de invitarlas a abordar un Concorde para ir a pasar una noche tranquilos a otro país. Pero la españolita de 16 años, para sorpresa de todos, dijo que no.

Dijo que no porque quería seguir con sus estudios secundarios. Y los siguió y los terminó. Pero no cesó allí, con su bachillerato completo, su interés por ese otro mundo que, dice ella, se pierden muchas chicas que se dejan marear por el mundo de la moda tan temprano. Unos años más tarde, mientras seguía con su carrera de modelo y de actriz, pero sólo en la medida en que se lo permitían sus estudios, obtenía una licenciatura en Letras Modernas en la Sorbona. Habla cuatro idiomas, tiene casas en los mejores barrios de Madrid, Londres y París y su cuenta bancaria desborda. Ha hecho de sí misma una alternativa a la modelito cabezahueca con la que se estereotipa a las chicas que prestan sus imágenes para vender productos. Inés lo que vende es su intachable belleza, su cara limpia, su información, su cultura, su reserva y su moderación. Ese es su truco, y bien que le sale: no quiere confesar en qué consiste su contrato con Lancôme, pero ha trascendido que, por ejemplo, Isabella Rosellini, que fue en su momento la cara oficial de la marca, cobró dos millones de dólares.

La carrera de Inés había empezado a sus doce años, cuando era una niña de la burguesía madrileña que, "para divertirse", aceptó posar para un anuncio de McDonald's. Todo hubiese quedado ahí si el director de cine Carlos Saura no hubiese visto aquel aviso. Rasgos exóticos, pero innegablemente distinguidos. La llamó inmediatamente para ser la hija de Aguirre en *El Dorado*. Filmaron en la selva. "Me fui cargada de juguetes. Cuando volví ya no jugaba", dice ella.

Ahora filma con el director español Santiago Segura *Torrente 2*, donde interpreta a una cantante de cabaret. El personaje estaba pensado para Penélope Cruz, pero la pantalla española le quedó chica a "Pe", que está filmando en Hollywood con Tom Cruise. El papel llegó así a Inés, que tiene en su haber más de una docena de películas y afirma que la actuación es lo que más le interesa en la vida, pero aún no ha logrado destacarse en ninguna. Seguramente lo hará, con ese tesón y esa obstinación con la que ha conseguido otras cosas en sus 27 años. Tal vez no ha sido dotada de un gran talento, pero esta chica sabe reemplazar lo que natura non da con trabajo y con metas claras.





Escribir por venganza

En su libro "La última fiesta", Adele Morales se dedica a una tarea vieja como el divorcio: hablar pestes del ex marido. La mujer estuvo casada con Norman Mailer hasta que éste la apuñaló durante una noche de jolgorio de 1962.



POR MARÍA MORENO

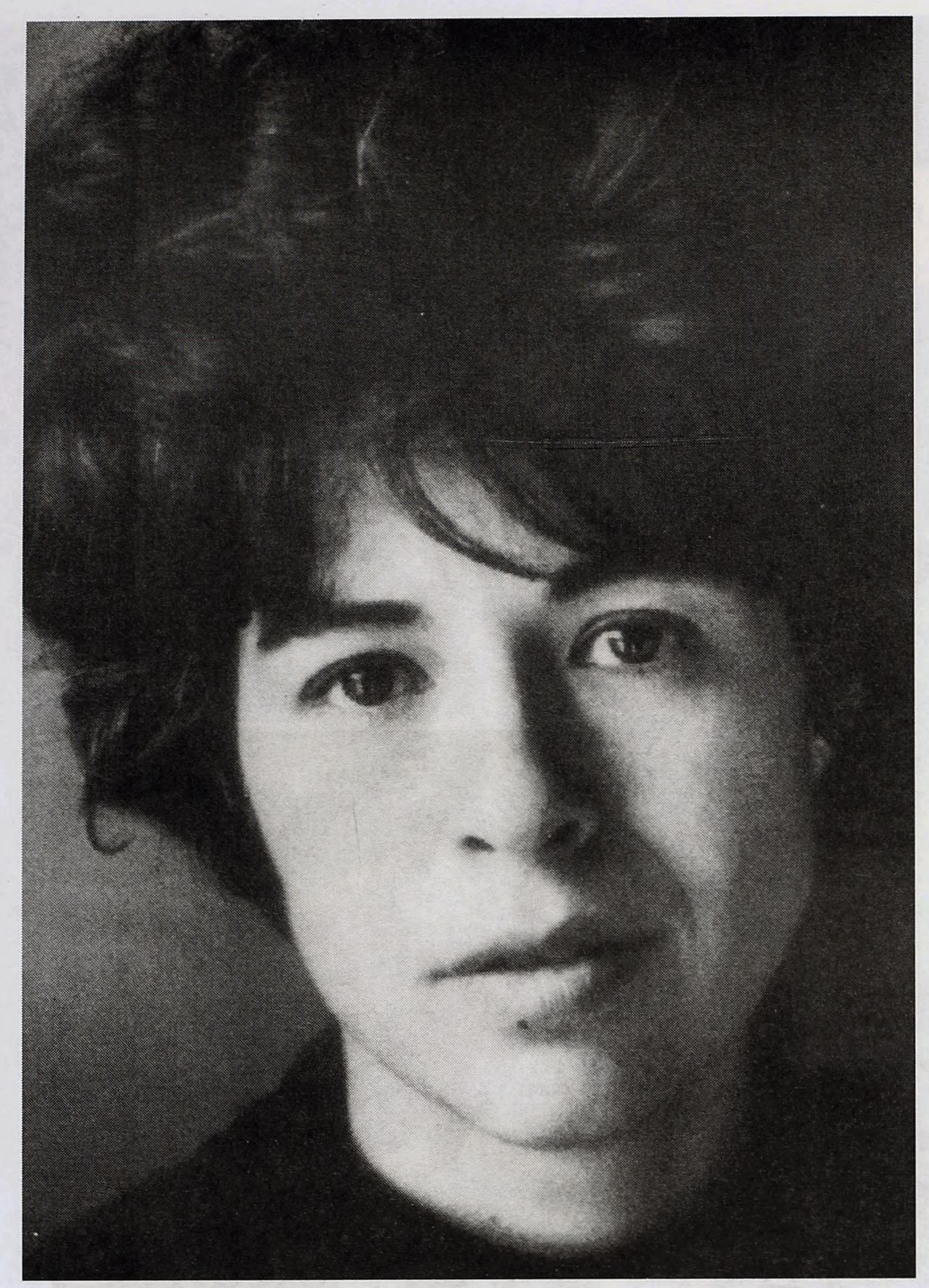
"–Aja toro, aja –grité–. Venga mariquita ¿dónde están tus cojones? ¿O es que la mala puta de tu querida te los ha cortado, cabronazo?". Con este desafío Adele Mailer invitaba a su borracho marido a jugar el juego preferido de éste, el toreo (la traducción es de Beatriz López Buisán). Norman tomó una navaja sucia de siete centímetros de hoja y la apuñaló por la espalda. Era un día de 1962. Como miembro de Alcohólicos Anónimos y no como lectora de *Ulises*, Adela debió saber el valor de *un solo día* (la organización basa la eficacia de la abstinencia en el hecho de encararla de a 24 horas). Ya con más de setenta años, y acabadas todas las fiestas estético-políticas en orgías de sangre, cánceres de próstata y graduaciones en yoga, ha escrito *La última fiesta, escenas de mi vida con Norman Mailer*, editado en español por Circe.

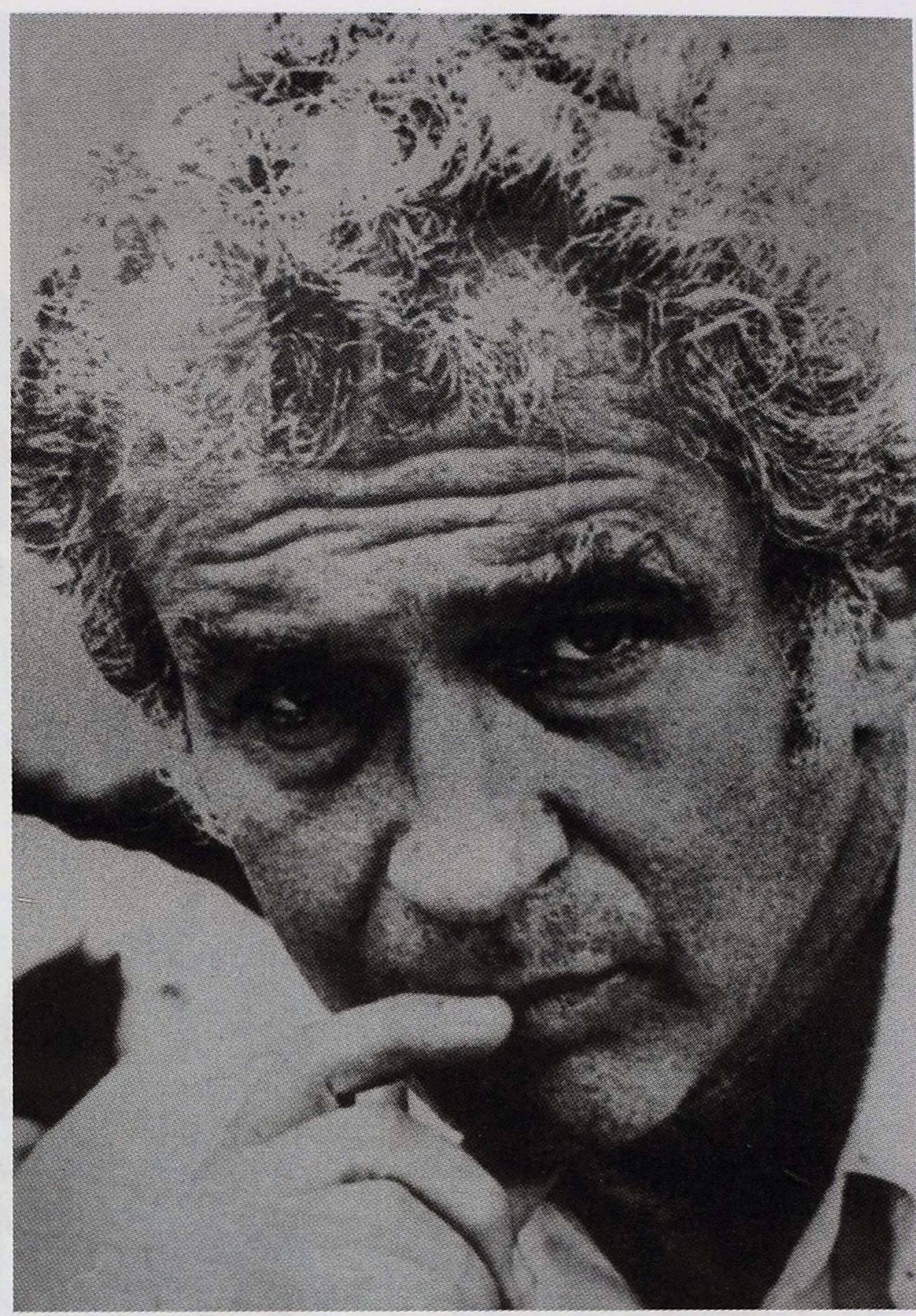
Antes Adele había aprovechado su experiencia de haber sido ensartada por el arma empuñada por una mano notable, contando su autobiografía bajo la forma de sucesivas obras de teatro que fueron representadas en una sala anexa del La Mama Theatre y en otra de Provincetown. La versión original había sido leída por Norman que se limitó a exclamar "Todo está muy bien, salvo que nunca le dije *joder* a la criada", aunque asistió a la representación de la puesta de Massachusetts acompañado por su sexta esposa.

En los años 50 Adele era una bonita latina apta para encarnar un mito beatnik: las mujeres de ese origen son fuerzas cercanas a la naturaleza y por eso verdaderas usinas de renovación para la potencia fálica, amén de apéndices exóticos adecuados para el fashion del Village. Aunque ya no era virgen y hubiera estado casada con un tipo que había conocido durante una conferencia de Margaret Mead titulada *La comunicación. Los sonidos viscerales de los gruñidos, los eructos, los pedos y las escupidas*, Adele era una libra de carne tercermundista para la serie de machos anglo que la cortejaron, incluido el mismo Jack Keruak, que fue su amante sin dignarse a dejar de hacer anotaciones en una libreta para seguir aspirando al ranking de "a ver quién escribe *la gran novela americana*".

Aunque la prosa de Fitzgerald pueda haberlo hecho aparecer romántico, es evidente que Adele conoció a Mailer en calidad de objeto intercambiable entre dos amigos. Uno de sus ex amantes la llamó a las dos de la mañana desde su departamento, le pasó el teléfono al escritor y éste, probablemente todavía inseguro de la potencia seductora de su prosa, la sedujo por derivación leyéndole un fragmento de *El gran magnate*: "Al descender la colina prestó atención a su ser interior, como si estuviera a punto de revelársele algo poderoso, extraño y fuerte, compuesto por un desconocido, cuyo tema no reconocería de entrada porque el compositor era siempre nuevo". Ella fue. La relación fue meteórica, violenta, saturada de whisky, Seconal y camas redondas en una interpretación libre del llamado a la vitalidad de Walt Whitman. Adele cuenta la historia de Pigmalión: Mailer le enseñó a decir *mousse* en vez de *musei*, la fulminaba públicamente con la mirada cuando se confundía de tenedor en una comida de seis cubiertos y le hacía limpiar los huevos que él solía estrellar contra el piso si estaban demasiado cosidos. A cambio Adele pudo participar de orgías a condición de que fueran con hombres feos y mujeres bonitas y siempre que su marido estuviera presente. Y tuvo el raro privilegio de ser tomada como cobayo para permanecer encerrada durante media hora en una caja de orgón, invento del psiquiatra Wilheim Reich y que era una especie de casita en el árbol a lo Mark Twain, una construcción endeble de madera y zinc a la que se atribuía propiedades energizantes (a Adele le provocó hambre).

Eran tiempos recorridos por un "ethos de exposición personal", aunque sostenidos por un mito férreo del vínculo entre varones "con instintos homosexuales coartados en su





fin" (o no), de acuerdo con el vocabulario de Freud y donde las mujeres sólo podían encarnar putas iniciáticas o trágicas o figuras nutricias mucho más chic si pertenecían a la franja de los excluidos –chicanas, afroamericanas, pobres–. Adele muestra a un Mailer preocupado por no derramar como Onán su simiente en vano, que al menos en ese tiempo estaba en contra del control de la natalidad y juzgaba el diafragma como cancerígeno. Se ensaña con escenas como aquélla donde Norman recibe una fenomenal paliza por haberse enfrentado a unos pandilleros que llamaron maricón a su perro y otra en que un banquero de Wall Street le apaga un cigarrillo en una nalga mientras el culo de Mailer sube y baja sobre su esposa (la del banquero). Lo describe practicando autoanálisis sentado en una piel de cabra mientras farfulla incoherencias de alcohol y barbitúricos, serruchando toda la noche (en el sentido ebanístico del término y no en el de Armando Bo) para construir un "armario para gritos" o un huevo para remedar el útero materno, ambos acolchados con alfombras viejas. Revela cómo el escritor le dio Seconal a su hija mayor, Susy, hasta que casi hubo que llevarla al hospital, y cómo aquella vez que él le prohibió cocinar con ajo puesto que se les podía oler a los dos en todo el cuerpo, ella, Adele, se le enfrentó diciéndole: "Pues yo no lo huelo. ¡Tú y tu superdotado nervio olfativo. Eres como Marcel Proust, siempre oliéndolo todo. ¿Por qué no escribes un libro sobre tu nariz?" (la traducción sigue siendo de Beatriz López).

Adele Morales que, entre otros trabajos, hacía caniches de papel maché para los escaparates de Semana Santa de B. Altman deja sentado cómo Mailer le prohibió también trabajar y le abrió una cuenta en el banco que le permitió comprarse en serie vestidos de terciopelo negro, de acuerdo con la idea de la elegancia de la hija de un ex boxeador y linotipista y de una ama de casa de sangre flamenca, pianista a deshoras.

Sobre la capacidad sensual de su marido, Adele hace silencio aunque con cierta influencia de él escribe que las groserías de cama del autor de *La costa de Barbería* (traducción de *Costa bárbara*) constituían "una prosa pornográfica, lo bastante sucia para mi lascivia y lo suficientemente literaria para mis sentidos más refinados", aunque vacila en considerar adecuada la tarjeta de invitación para el casamiento de ella y Mailer: un pene que se extendía a medida de que se iba abriendo la tarjeta. ¿Cómo se lo tomará Lilian Hellman?, se pregunta Adele. En cuanto al apuñalamiento, la autora de *La última fiesta* que, a pesar de estar divorciada de su objeto de investigación, no deja de firmar "Adele Mailer", lo adjudica freudianamente a que muy poco tiempo antes, marido y mujer habían ido a ver *Psicosis* en donde el protagonista envenena a su madre y apuñala a una joven.

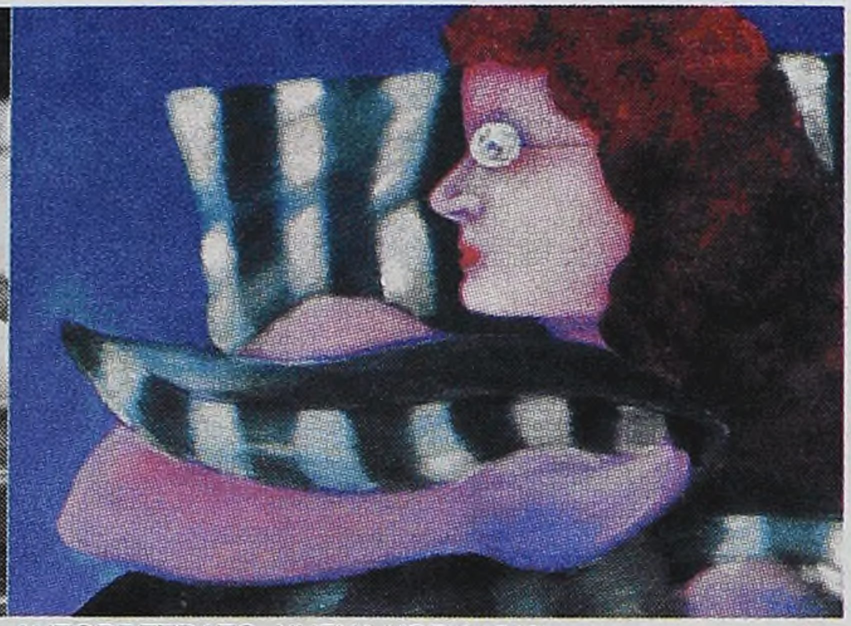
Adele no habla en nombre del feminismo y apenas invoca cómo William Burroughs mató a su esposa jugando a Guillermo Tell. No se detiene a analizar la solidaridad vagamente alarmada con que el intento de asesinato perpetrado sobre ella fue recibido por el stablishment intelectual (en la Argentina, cuando Alberto Locatti tiró a Cielito O'Neal por la ventana, casi se convirtió en un héroe popular), parece ignorar el estrangulamiento a la razón que el teórico marxista Louis Althusser efectuó sobre el cuello de su esposa, pero sin embargo no deja de echar mano a la palabra "sobreviviente", término que iguala Treblinka, una violación, un conato de apuñalamiento o esa figura difusa de la "crueldad mental". Tampoco hace una lectura crítica de la visita a un porno shop casero al que asistieron ella y Norman en Nueva México y que se reducía a una habitación blanqueada a la cal con una cama y donde dos chicas y un muchacho hicieron una orgía para goce del escritor transgresor y su esposa latina que sólo dejó constancia de que una de las chicas gritaba en el orgasmo ficcional o quién sabe "Aye, aye chihuahua" y que, cuando a la otra se le enganchó el cabello en un broche del vestido, mientras se lo quitaba, su partenaire masculino se lo arrancó junto con un enorme mechón de pelo. No era cuestión de impacientar a los voyeurs.

Adele prefiere insistir sobre el temor de Mailer a quedar escrachado por la prensa, la absurda explicación de su ataque: "La repetición trae cáncer", explicación adonde aún se puede leer alguna ambición épica o transgresora: un héroe contra la repetición que confunde un concepto complejo con el matrimonio, que ataca por la espalda a una mujer munido de una navaja oxidada y con tanto whisky encima como para que un dosaje diera por resultado un poco de sangre en su alcohol, como reza una vieja rutina humorística de Hollywood.



En cuanto a cómo está escrito *La última fiesta*, da ganas de enviar a Adele a que asista a un taller literario a donde Mailer pueda enseñarle a redactar cómo él la apuñaló a ella.





AUTORRETRATO, NUEVA YORK 1989

Silvina Benguria expone en Bellas Artes una muestra retrospectiva en la que se resumen veinticinco años de trayectoria. La artista habla en esta entrevista de su relación carnal con la pintura, de ese misterio que a veces le hace creer que sus pinturas tienen vida propia y hablan a través de ella.

cuadros que se pintan solos



EL SOFA, 1990.



JAMES JOYCE, 1989.

POR MOIRA SOTO

Pelo verdoso, traje violeta, James Joyce se mira curioso su índice izquierdo sostenido por un piolín que viene de arriba, colorado uno de los cristales de sus anteojos que enrojece la lupa en la otra mano, sobre un fondo morado profundo: el celebrado retrato del escritor irlandés pintado por Silvina Benguria (creadora de otras efigies igualmente inéditas de gente de letras) estará en la muestra que se abrió el 2 de mayo en el Museo de Bellas Artes. Una selección de pinturas que abarcan 25 años de trayectoria y que por cierto incluye a las señoras que se disuelven en sillones sobre los que se han dejado caer, a las macizas mujeres de trajes de baño enterizos que extrañamente no provocan nostalgia, a esos clérigos purpurados tan complacidos de imponer su dogmatismo, que representan "los tics, los vicios, el hábito sospechoso y execrable de las instituciones y el poder", según escribe en el catálogo de la exposición Rosa María Ravera, presidenta de la Academia Nacional de Bellas Artes. "Hace mucho que la tengo elegida como lectora, me gusta llamarla así: lectora de cuadros, porque lo hace mejor que nadie", dice Benguria de Ravera, quien a su vez encuentra en la pintura de la artista "la continuidad de una narrativa plástica a la vez erótica, irónica, siempre lúdica y cómplice".

"Realmente 25 años no es nada. O sí: 25 años de gozo, de felicidad de pintar", dice Silvina Benguria a poquitos días de la inauguración. En ese viaje interior y exterior de rastreo, reflexión y elección de cuadros que narran una vida, dan cuenta de una visión del mundo, hubo grandes sorpresas y emociones: "Es que a la pintura la podés tener ahí, toda entera, te acompaña, te mira, la mirás... Por supuesto, traté de que estuvieran cuadros con los que tengo que ver hoy, que volvería a hacer sin cambiarlos. En esta revisión me gustó confirmar algo que supe siempre: que aquello que desde muy temprano advertí, sentí que debía hacer en la vida, lo había cumplido tomándomelo bien en serio, corriendo todos los riesgos. Viviendo en una gran soledad porque no podía ser de otra manera. Una soledad a la que te acostumbrás y ya no querés abandonar".

–¿Realmente es como entrar a una religión y no colgar nunca los hábitos?

–Sí, totalmente.

–¿Y salvarse?

–Sí, claro. Si no hubiese sido por la pintura yo no habría podido seguir viviendo. Sé que hay gente que tiene otros mecanismos para sobrevivir, pero no es mi caso. La pintura me sigue salvando.

–Al margen de lo que te pasó a vos en esta situación como de memoria y balance, está lo que les sucede a quienes miran una muestra de este tipo, tan abarcadora: en un lapso breve pero intenso es impresionante lo que puede recibir, comprender, interpretar. No se necesita conocer la técnica para sentir ese impacto físico y emocional tan propio de la pintura...

–Sí, sucede cuando en la pintura está el alma del pintor, los caminos que recorrió, los estados de ánimo, lo que sufrió y se divirtió. Esta experiencia la puede vivir cualquiera con la sensibilidad abierta, todos podemos ser mirones, enriquecernos con el arte. Porque siempre habrá algún artista que nos exprese. Yo tuve una vez unos cuadros que amaba mucho de un gran pintor, y cuando los perdí, me enfermé. Fue un verdadero duelo. ¿Viste que en algunas exposiciones frente a una pintura te sentís tocada físicamente, te dan ganas de lamerla, comerla? Bueno, yo una vez me hice pis frente a un cuadro de Macció que me arrebató, mi cuerpo tenía que expresarse. Y frente al *Campesino* de Malevich, que está en la muestra de los vanguardistas rusos, en Recoleta, me puse a llorar... Pero sí, regresando al principio, es toda una travesía una exposición así: yo personalmente cambié mi relación con algunos cuadros, me reconcilié con otros. Y descubrí que fui aprendiendo a pintar, que ahora lo hago mejor y que me gusta más cómo soy ahora.

EL LOBO FEROZ PERO CON HUMOR

–¿Quedaron fuera de esta muestra cuadros que no pudiste conseguir?

–Sí, por desgracia son varios, ya que la

mayoría están afuera y no los pude tener porque no hay una ley que proteja a los artistas, que subvencione al museo para que los traiga. En mi caso, están en colecciones en Canadá, Italia, los Estados Unidos. Chile. Igual, a los que faltan los tengo muy presentes... La ausencia que más siento es el de uno que está en España y se llama *Turkish Rockettes*. Lo pinté en Nueva York cuando supe que Menem había salido presidente. Me imaginé a las Yoma morochas, rollizas y con mucho pelo. Después cuando volví resultó que nada que ver, estaban en plan de convertirse en barbies. También me gustaría exponer algunos de los cuadros de rojos fuertes, menstruales, que están en Chile...

–Ahora el humor irónico, con un toque negro, es moneda bastante corriente, pero hace 20, 25 años debió haber resultado bastante chocante que apareciese esa forma de la irreverencia en una mujer.

–Hubo una época en que mucha gente tomaba algunos cuadros míos como caricaturas, me acusaban de eso. Ahora veo que los miran de otra manera; el mundo se me fue acomodando... Yo no sé bien si lo mío es humor o falta de solemnidad. En la vida siempre me ha aflorado el sentido del humor. Y en la pintura creo que este aspecto aparece en cierta ferocidad, por algo el lobo es mi animal favorito. Pero detesto la mentalidad de la gente que cuenta chistes en serie; me parece siniestro. En cambio, me gusta el humor del chino de Woody Allen en *Alice*. Sí, creo que el humor es una manera espontánea de mirar el mundo.

–¿Un punto de vista para detectar lo que otros no ven?

–El artista tiene, mantiene una mirada de chico. Yo creo que el arte es un regalo que te deja la infancia. Pero bueno, sí, creo que provoqué bastante desconcierto porque además no tengo un estilo clasificable. Incluso hay gente que se ofende: en lo de Ruth Benzacar hay una carta acerca de una bañista que pinté en Italia y que compró un museo canadiense: en el texto preguntan si la pintora tendría inconveniente en cambiar los cuadros porque muchas señoras se van a molestar. No es el único caso: más de una vez, en las exposiciones, aparecieron personas que me dijeron que yo era mala. Y cuando las miraba, resultaba que eran iguales a los cuadros que las habían irritado...

–De todos modos, éste es un momento favorable para las artistas: hasta mediados del siglo 20 habían sido relegadas por la historia del arte. La prueba es que pintoras excepcionales –Anguissola, Gentileschi, Bonheur– recién empezaron a ser recuperadas por críticas feministas.

–Pero claro. Rose Bonheur, por ejemplo, es una pintoraza. Y están las que falta descubrir: encontré a una inglesa del siglo XVIII que, encerrada por su marido en el castillo, se dedicó a pintar los interiores. Una verdadera artista ignorada, hasta que sus familiares encontraron unacantidad de acuarelas maravillosas. Y mirá lo que pasó con Camille Claudel, tapada por Rodin, que yo creo que le copió muchas cosas. En *Los burgueses de Calais* se nota la mano de ella. Quizá porque fueron muy oprimidas y se les negaron oportunidades, algunas mujeres frente al arte tienen un actitud un poco dogmática que no acepto. Creo que hay que permitirse ser más libre, gozar con lo que se hace. Y aunque las cosas han cambiado mucho para las artistas, creo que todavía nos falta algo: para olvidarnos de los problemas domésticos, hay que tener esposa. No amante ni novia ni amiga, sino esposa como tienen los pintores, que les va a comprar los pinceles, llama al plomero, cocina, atiende a los chicos... Que no es mi caso porque no tengo hijos, pero no sabés lo bien que me vendría una esposa con forma de hombre, y todos los atributos viriles, por supuesto. Sería fantástico.

–El no haber soltado los pinceles a lo largo de tu vida para crear una pintura que te representa, ¿te confiere alguna seguridad, la sensación de haber llegado a buen puerto?

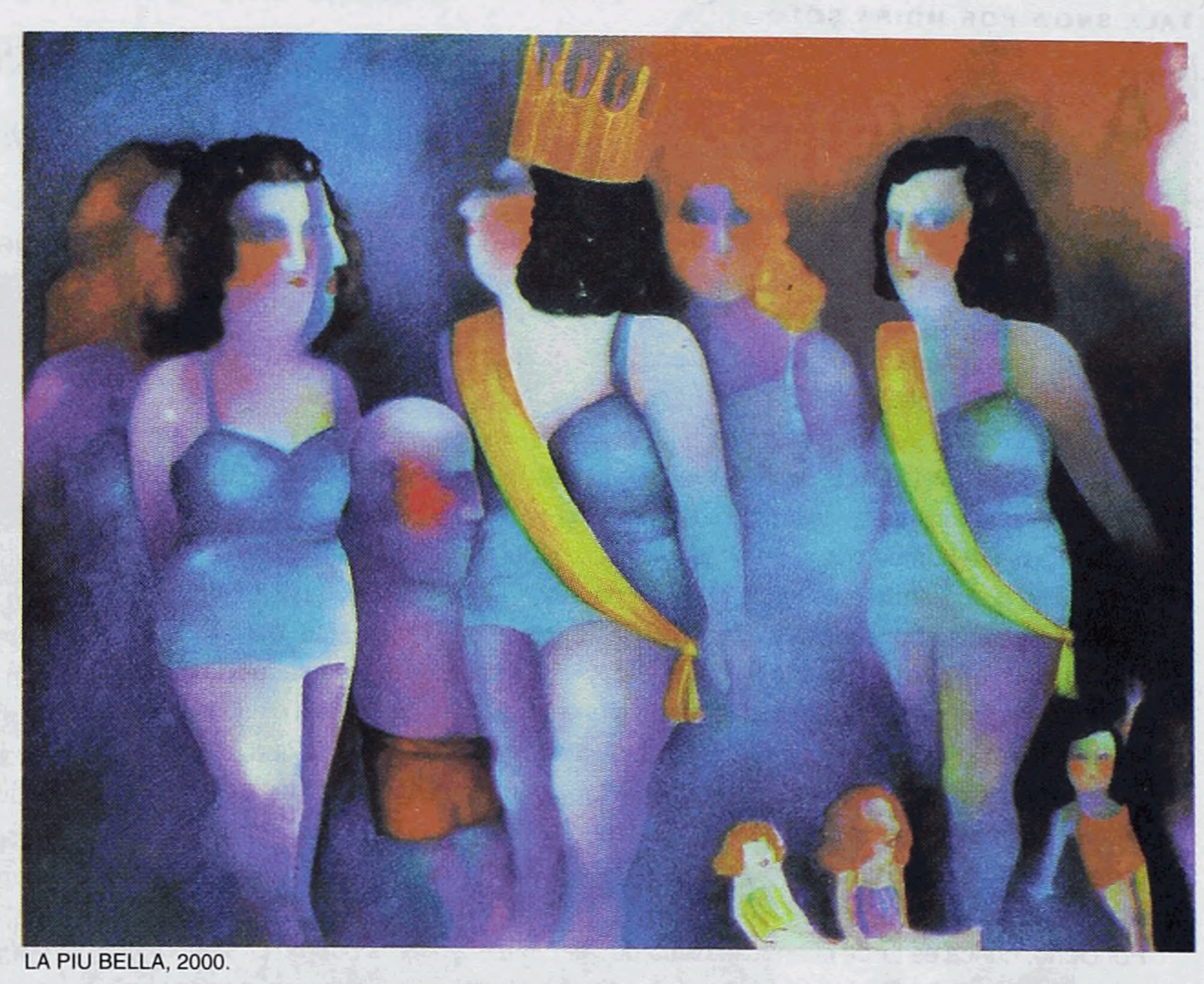
–Sí, de encuentro profundo conmigo misma, considero un milagro que esto me haya sucedido. Me da seguridad, puerto total, el lugar adonde quería llegar.

–Hemos llegado a la pregunta favorita de este suplemento: ¿hay alguna marca de género en las telas que pintás?

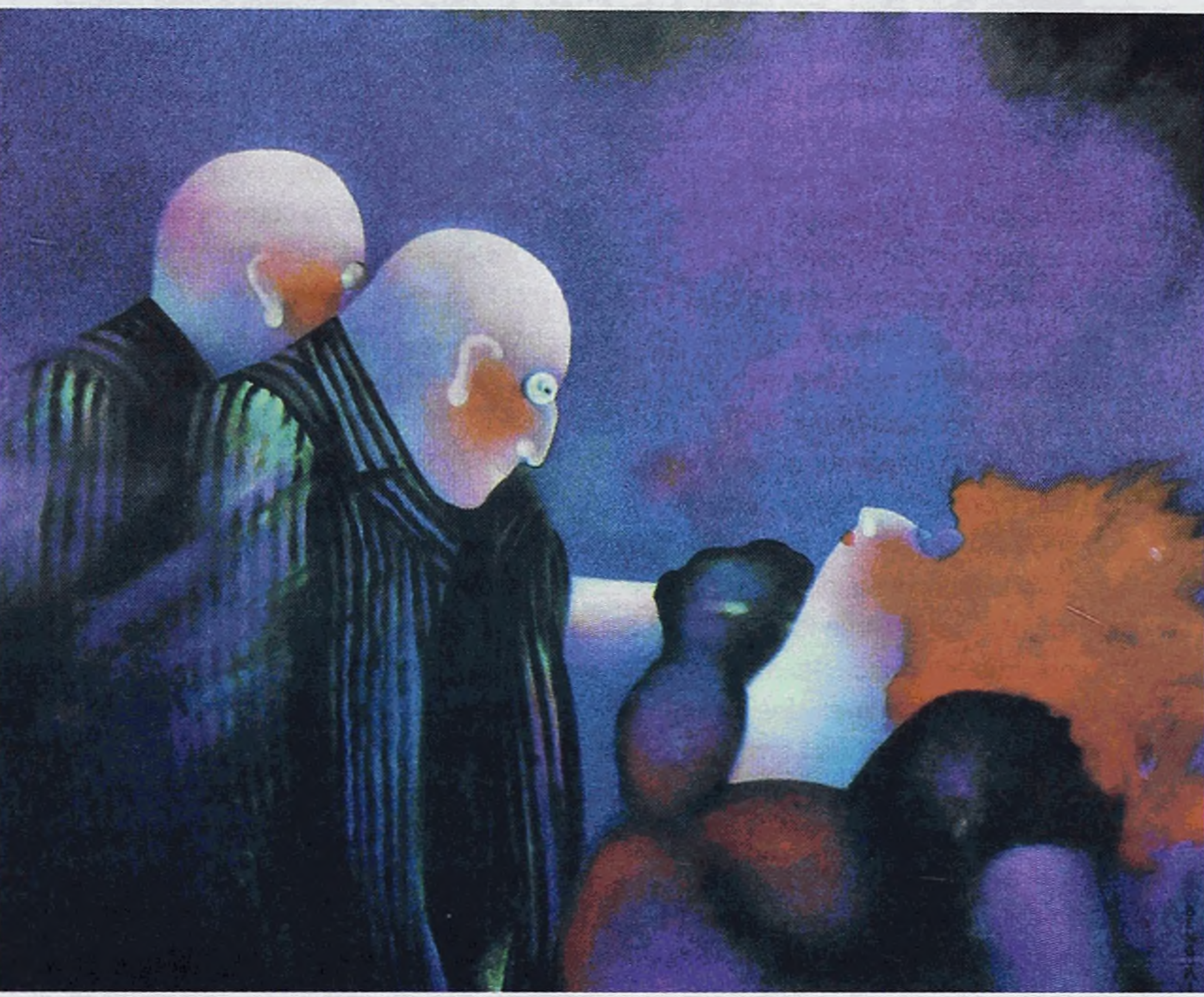
–Creo que hago una pintura de mujer porque soy mujer. ¿Cómo quieren que pinte? Me parece que hay pintura buena y mala, femenina y masculina. Por otra parte, seas lo que seas, siempre habrá ideas detrás de un cuadro, porque el arte –lo quieras o no– es político por la manera en que te parás en el mundo. Y a mí no me interesa hacerlo de una manera tranquila, conformista.

–¿Qué clase de poder es el arte?

–Es un gran poder transformador. Es como rezar, y también es la creación en su estado más puro, sale de la mente y el corazón. A veces pienso que los cuadros se pintan solos, que salen de algún lugar misterioso. Aunque me entristece, me gusta visitar las tumbas de artistas maravillosos cuyas obras siguen haciéndole bien a mucha gente. En Florencia se conoce el mal de Stendhal, que es algo así como quedarse sin aliento frente al exceso de belleza. Es que la pintura es muy sensual, puede producir una relación muy erótica, te pega en el cuerpo. Por suerte, a pesar de todos los horrores que nos pasaron –y que nos están pasando como consecuencia–, el arte en la Argentina está vivo y hay un público que busca ese alimento. Fui a la exposición de Picasso en La Plata y había cuadras de cola. Me conmovió mucho ese poder movilizador, contemplar esa peregrinación de tanta gente que iba a salir mejor después de ver la muestra.



LA PIU BELLA, 2000.



LA MIRADA, 1995.

"¿Viste que en algunas exposiciones frente a una pintura te sentís tocada físicamente, te dan ganas de lamerla, comerla? Bueno, yo una vez me hice pis frente a un cuadro de Macció que me arrebató, mi cuerpo tenía que expresarse."

A la vejez, **pilluela**

Increíble, pero verdadero: a los 55, Sally Field, la de la cara de pan de leche y el cuerpo edición de bolsillo (doble pechuga, eso sí), identificada desde hace más de tres décadas con personajes positivos, luchadores, de corazón sensible y lágrima surgente, acaba de tirar las dos chancletas de heroína (religiosa, hogareña, sindical, según el caso) para hacer una villana absoluta en *Dime que no es cierto*. *A total fucking bitch*, como se definía a sí misma la perniciosa Bridget de *La última seducción*, maravillosamente encarnada por Linda Fiorentino. Una pérfida que si bien la pasaba bomba con sus travesuras no llegaba a divertirse tanto como la Valdine de Sally, que disfruta como loca al hacer daño y añade un plus de bellaquería: por ejemplo, cuando su bondadosa y adorable hija Jo (Heather Graham, qué poco te cuesta ser irresistible) invita a comer a su novio Gilly y está toda la familia sentada a la mesa, el joven se sorprende agradablemente al sentir que un pie le acaricia a escondidas la entrepierna. Desde luego, cree que se trata de una atención de su Jo, hasta que ésta se levanta y el susodicho pie sigue accionando. La turbación por descubrir la desfachatez de su futura suegra se vuelve total bochorno cuando el padre de su amada –otra víctima, pese a su estado de postración, del maltrato de Valdine– le advierte con un guiño: "Cuidado con los callos".

Por cierto, nunca es tarde cuando la dicha de ver tanta maldad es buena. Le podemos perdonar todo a Sally Field –incluidos sus dos Oscar, el Globo de Oro, haber sido la productora de *Magnolias de acero*– no sólo por haberse atrevido a participar en una producción de Bobby Farrelly (escrita por Gaulke & Swalon, y dirigida por J.B. Rogers) sino por su sorprendente rendimiento como la bribona Valdine. Es harto conocida la frase (atribuida a diversos actores) "Morir es fácil, lo difícil es hacer comedia". Pues bien, Field, que había incursionado en el género a través de producciones livianamente convencionales, luciendo siempre más o menos modosa, se zarpa gozosamente al hacer esta Valdine, más mala que los escorpiones al cruzar el río sobre el lomo de una rana. De una orgullosa vulgaridad, el pelo largo oxigenado, la pilcha stretch de colores chillones dos talles más chica, Valdine no resulta una malvada cualquiera, onda cine negro, digamos, dedicada a arrastrar a la perdición a los hombres (tarea que no despreciaría, llegada la oportunidad): ella es una pésima madre, capaz de demoler alevosamente el romance de su hija con Gilly montando toda una puesta en escena para hacer creer a los jóvenes amantes que son hermanos. Todo porque ha dispuesto que la chica se case con un antiguo novio multimillonario, el mafioso Jack. De modo que al dolor de la separación se agrega la culpa terrible –así lo creen los chicos– por haber cometido incesto.

Quién nos hubiera dicho que la monjita voladora iba a convertirse, dentro del registro de la comedia delirante farrellyana, en una muy estimable continuadora de las chicas fatales que supieron interpretar Lana Turner, Barbara Stanwyck, Mary Astor, Bette Davis, Kathleen Turner... Todas ellas movidas, en esos papeles, por la ambición material, maquinadoras e intrigantes como esta renovada Sally Field que arruina tan campante la felicidad de Heather Graham y la entrega a un reverendocanalla por pura codicia, sin sombra de remordimiento. Que el Cielo la juzgue, porque Norma Rae se ha vuelto más turra que la mismísima Gene Tierney en el film de ese título.



POR S.R.

La todo terreno

Es una piloto de tormenta que hace horas extra como azafata. Tiene el suficiente aplomo como para capear temporales y atravesar cúmulus nimbus, y la suficiente calma como para arreglarse el maquillaje antes de salir a la cabina para tranquilizar a los pasajeros. Es férrea con los que considera merecedores de un fierrazo y tierna con los cachorros de toda raza. Es esa mujer que sabe vérselas con proveedores, auditores, jefes de sección, despachantes de aduana, gerentes comerciales, escribanos, abogados penalistas, médicos de cabecera, supervisores y toda laya de sujetos ante los que cualquier otro ser humano experimenta el más neto de los bloqueos o la más profunda de las confusiones. Ella no sólo está a su altura: les discute cláusulas, disposiciones, ordenanzas, porcentajes e incisos.

Es astuta. Capta al vuelo actos fallidos ajenos y sabe sacarles provecho. Ella no tiene actos fallidos: su manejo de la situación se extiende a su inconsciente. Elabora estrategias sobre el pucho (no sobre el cigarrillo sino en el acto). Si está discutiendo un presupuesto para renovar el aspecto de su living, sabe cómo convencer al tapicero de lo ventajoso que le resultará a él tenerla a ella como clienta. Si está comprándose un departamento, sabe calar al dueño de la inmobiliaria para deducir cuál es la vía más ventajosa para pagar menos comisión: si la seducción o la psicopateada. Si está haciendo un trámite municipal, se las ingenia para que una de esas empleadas que parecen haber venido al mundo con la lima para uñas incorporada a la mano, tenga empatía con ella y le dispense la falta de cuatro papeles sellados.

Es aguerrida, pero sabe cuándo dulcificarse y cuándo abandonar el ariete de su vida pública para volver al almíbar de su vida privada. Es una madre atenta que se jacta de ser una madre como las de antes. Los cumpleaños de sus hijos son los más espectaculares de todo el grado: descubre números vivos, disfraces importados, cotillón nuevo, animadores envidiables, que hacen que ella repare en algo su infancia desdichada sin hablar al respecto ni siquiera con su propia almohada.

También marca tendencia entre sus amigas. Es la que a cada rato se anima a algo distinto, desde un corte de pelo hasta una nueva casa. Detecta antes que nadie cuándo hay que levantarles el ruedo dos centímetros a los pantalones, cuándo hay que abandonar el lila para pasar al uva, y cuándo la mejor opción sigue siendo la eterna fidelidad al negro.

Es competente, eficaz, bilingüe, diplomada, casada y divorciada, vuelta a casar, propietaria, voz cantante. Sería una mujer perfecta si no fuera porque nunca tiene dudas, nunca tiene altibajos, nunca tiene fisuras y no tiene agujeros. Eso, ¿ven?, es raro.

